

J.-L. Miège – EXPANSIÓN EUROPEA Y DESCOLONIZACIÓN de 1870 a nuestros días

**CAPITULO PRIMERO
La expansión europea**

1) Las condiciones de la expansión

Una serie de profundas transformaciones facilitaron o estimularon la expansión europea y las rivalidades imperiales. Vamos a recordar brevemente las más importantes: crecimiento de la población europea, revolución de los transportes, principalmente de la navegación marítima, mayor movilización del crédito y abundancia de capitales.

1. LA EXPANSIÓN DEMOGRÁFICA

Se trata de un elemento esencial. La población de Europa pasó, entre 1815 y 1870, de 190000000 a 300000000 de habitantes y alcanzó unos 450 000 000 en 1914. Estas cifras representaban 20 % de la población mundial en 1815, 23% en 1870 y 27 % aproximadamente en 1914. La gran oleada colonizadora coincidió con este apogeo; la descolonización que acompañó el descenso de la población europea y la explosión demográfica del Tercer Mundo no fueron una casualidad.

Las relaciones entre subida demográfica, superpoblación, emigración y colonización son aún mal conocidas. La emigración frecuentemente precede, pero siempre acompaña la penetración colonial. Raras veces es su causa primera, aunque muy a menudo es utilizada como principal argumento por los partidarios de la expansión.

<i>Población mundial</i>										
	1850		1870		1900		1932		1960	
Europa	266		310		400		540		641	
Asia	671		700		860		1010		1680	
Africa	100		115		130		145		254	
America:										
Norte	4		60		1		1		30	
Sur	0	60	25	85	06	144	70	255	0	40
	2				8	3	8		5	5
	0						5			
Total	1097		1210		1534		1950		2980	
%Europa	24.2%		25.6%		26%		27.6%		21.5%	

En el transcurso del siglo XIX , cerca de cincuenta millones de europeos se expatriaron. La oleada de salidas se incrementó a partir de los años 1870-1880.; la media anual pasó de mos de 300.000 a más de 500.000 para alcanzar los 800.000 en 1887. Un nuevo auge se produjo a partir de 1900 con 1.400.000 salidas en 1907, la cifra más importante del siglo.

La correlación entre esta emigración, el movimiento de capitales y las fluctuaciones del empleo subraya su estrecha interacción. Cualquier aumento de inversiones en los territorios centroeuropeos trajo consigo una mauyor demanda de mano de obra y la llamada a los inmigrantes. La relación es inversa entre las fluctuaciones de la inversión interior en el Reino Unido y la de la inmigración a Canadá o Australia.

*Emigración de Europa,
Por países de origen*

	Total	%
Reino Unido	8.500.000	23
Italia	8.000.000	22
Austria-Hungría	4.900.000	13.3
Rusia	3.600.000	9.9
Alemania	3.400.000	9.3
España	3.100.000	8.5
Suecia-Noruega	1.800.000	4.9
Portugal	1.200.000	3.3

2. LOS TRANSPORTES

Las transformaciones de la navegación, importantes a partir de 1850-1865, fueron decisivas en los años 1880-1885,¹ período en que la flota de vapor se impuso a la de los veleros. «El progreso de la navegación marítima es el principal fenómeno económico de los tiempos presentes», afirmaba P. Leroy-Beaulieu en 1889. Tampoco en este caso la coincidencia entre la gran expansión colonial y esta revolución de los transportes es algo fortuito. Los barcos, con mayor capacidad,² más rápidos, obligados a una ocupación más rigurosa, necesitaban un flete abundante y regular. Por otra parte, debían proveerse de carbón y recurrir a estaciones regularmente abastecidas. Estos barcos, costosos, dedicados a un empleo estricto, aparecieron a partir de entonces cada vez más ligados a los intereses industriales y financieros (así, la Compañía Paquet a las Refinerías de San Luis, la Eider Dempster a las empresas comerciales y algodóneras y al Bank of British West Africa, etc.), que desempeñaron a menudo un papel decisivo en la política de expansión colonial.

Las sociedades,³ poderosas por sí mismas debido a la creciente concentración, se hallaban también en el centro de los grupos de presión, donde coinciden el mundo de los negocios y el de la política: Viviani defendía la Compañía General Transatlántica, Boyer las Messageries marítimas, Charles Roux la Compañía Fraissinet y la Compañía General Transatlántica. La Compañía Transatlántica Española estuvo constantemente apoyada por Romero Robledo (ministro de Ultramar en 1892), uno de sus principales accionistas; la Compañía Woermann estuvo fuertemente apoyada por el Reichstag, Forwood era miembro del Parlamento, etc.

La concentración del tráfico colonial en algunos puertos,⁴ debido al tamaño cada vez mayor de los navíos, favoreció la creación de esta red de influencias. Las grandes cámaras de comercio y los diputados locales sostenían fuertemente los armamentos. Las compañías se ocupaban con gran beneficio del pasaje de los emigrantes; así por ejemplo, la Compañía General Transatlántica embarcaba 33000 emigrantes en 1883, 46000 en 1884 y 51000 en 1903, año en que la Norddeutschen Lloyd de Bremen transportó a 89 000 y la Hamburg Amerika a 94 000. A menudo sus servicios precedían a la conquista colonial. La línea que acababa de crearse debía hallar un rendimiento: la penetración comercial, la instalación política y el auge de los negocios que se esperaba conseguir debían suministrárselo. Así pues, las compañías desempeñaron un papel determinante en el primer establecimiento de una infraestructura económica. La Compañía General Transatlántica ocupó un papel destacado en la empresa de Tunicia; la acción de Rubattino tuvo capital importancia en las primeras tentativas coloniales italianas; la Compañía Transatlántica Española hizo campaña en favor de la intervención española en Marruecos, y defendió los intereses coloniales en Cuba y Filipinas; la Compañía Woermann. En el transcurso del siglo XIX, cerca de cuarenta millones de europeos se expatriaron. La oleada de salidas se incrementó a partir de los años 1870-1880; la media anual pasó de menos de

1 Las observaciones de reussner, Les répercussions techniques, politiques, économiques et sociales de l'application de la vapeur à la navigation, en Mollat (M.), *Les origines de la navigation à vapeur*. París, 1970.

2 Las estadísticas sobre el canal de Suez dan un tonelaje medio por barco de 766 toneladas en 1870 y de 2833 en 1900.

3 La Compañía Woermann creó en 1890 la Deutsch Ost Afrika Linie y en 1911 se hallaba asociada a la Hamburg Amerika Linie y a la Hamburg Bremer Afrika Linie, controlando unas 130 000 toneladas.

4 El Havre, Burdeos y Marsella realizaban la mitad del comercio colonial durante el período 1847-1856, pero aseguraban sus tres cuartas partes entre 1884 y 1896

300.000 a más de 500.000 para alcanzar los 800.000 en 1887. Un nuevo auge se produjo a partir de 1.900 con 1.400.000 salidas en 1907, la cifra más importante del siglo.

La correlación entre esta emigración, el movimiento de capitales y las fluctuaciones del empleo subraya su estrecha interacción. Cualquier aumento de inversiones en los territorios centroeuropeos trajo consigo una mayor demanda de mano de obra y la llamada a los inmigrantes. La relación es inversa entre las fluctuaciones de la inversión interior en el Reino Unido y la de la inmigración a Canadá o Australia desempeñó un papel esencial en la política alemana del África occidental, como su filial la Deutsche Ostafrikanische en el Mediterráneo y en el África oriental; la Eider Dempster impulsó a menudo sus puntos de vista respecto a África. Asimismo, fueron las primeras beneficiarias de las expediciones militares al ocuparse del transporte de las tropas y del material: las enormes sumas reclamadas por la Woermann por el transporte del material necesario para la campaña del oeste africano suscitaron violentas críticas en la prensa alemana. La Compañía Transatlántica Española obtuvo enormes beneficios con el transporte de los 400 000 hombres enviados a pacificar Cuba. Los ejemplos podrían multiplicarse. Su influencia y sus beneficios fueron también importantes en la explotación colonial, aunque sólo fuera por poseer el monopolio de los intercambios y por fijar las tasas de flete a su conveniencia.

A menudo obtuvieron tantos beneficios de la explotación de la metrópoli como de la de las colonias. Lograron subvenciones y pliegos de condiciones particularmente ventajosos: así por ejemplo, las Messageries maritimes en su línea del Extremo Oriente, gracias al apoyo de algunos parlamentarios. Las líneas alemanas de África fueron ampliamente apoyadas; la Deutsche Ostafrika Linie recibió, en 1890, una subvención anual de 900 000 marcos, que pasaron a ser 1 350 000 marcos a partir del 1 de abril de 1901. El caso límite parece ser, en este aspecto, el de la Compañía Transatlántica Española, algunas de cuyas líneas sólo vivían gracias a las enormes del Estado, y que paseaba sus barcos vacíos a lo largo de la costa marroquí y de Río de Oro.

La acción de las diferentes compañías —algunas de las cuales tenían un cuasimonopolio comercial— requiere numerosos estudios. Este hecho constituyó, como la conquista de los océanos y de las rutas marítimas,⁵ un elemento esencial de la expansión europea del último tercio del siglo XIX.

3. LAS NUEVAS CONDICIONES FINANCIERAS

Las profundas transformaciones del sistema crediticio en Europa entre 1852 y 1864 (desarrollo de las sociedades anónimas por acciones que drenaban el dinero de las nuevas capas de suscriptores, desarrollo de los bancos de negocio y posteriormente de los grandes bancos de depósito: Crédit Lyonnais, creado en 1863; Banque de Paris et des Pays-Bas, fundado en 1872, etc.), permitieron la concentración de masas de capital considerables. Estos enormes medios suscitaron una nueva estrategia de colocación del dinero.

Los préstamos y créditos a los Gobiernos de los países subdesarrollados, donde el dinero era escaso y caro e importantes las necesidades para su lenta modernización, fueron particularmente solicitados entre 1863 y 1882. No sólo permitieron fructuosas operaciones, sino también la adquisición de garantías. Después de España e Italia, el «Mediterráneo musulmán» atraía en particular importantes capitales. El Imperio otomano, Egipto, Tunicia se endeudaron más allá de su capacidad. Los acreedores se esforzaron por imponer un control y asegurar el servicio prioritario de sus préstamos. De este modo se preparaba un terreno favorable para las intervenciones.

La acumulación continua del capital europeo, en el último tercio del siglo XIX, aumentó la presión financiera sobre el resto del mundo.

Producto nacional y formación de capital en el Reino Unido⁶
(millones de libras)

5 El canal de Suez fue abierto en 1869, el de Corinto en 1893, el de Kiel en 1895 y el de Panamá en 1914.

6 Según Ashforth, *An economic history of England 1870-1939*, y Hall (ed.), *The export of Capital from*

	Producto nacional	Formación interior de capital	Capital invertido en el exterior	Total	% sobre el total de las inversiones en el exterior
1870	987	69.5	44.1	113.6	38.8
1880	1146	99.7	35.6	135.3	26.3
1890	2433	89.8	98.5	188.3	52.4
1900	2827	188.4	37.9	226.3	16.5
1910	2111	107.3	167.3	274.6	61
1913	2425	147.9	224.3	372.2	60.2
crecimiento	245%	212%	508%	327%	

El papel de las inversiones en el extranjero fue adquiriendo cada vez mayor importancia para los grandes países europeos. Inversiones directas, inversiones de cartera, capitales privados o públicos se exportaban a diversas zonas, según los ritmos propios de cada país inversor.

Para el Reino Unido los mejores años fueron 1878-1884, 1889-1890, 1903-1913: Europa atraía menos que los Estados Unidos, la América latina y, de manera creciente, el Imperio.

Los capitales franceses se dirigieron menos hacia los territorios coloniales que hacia las regiones mediterráneas, y luego hacia la Europa oriental.

En vísperas de la primera guerra mundial, sobre un total de inversiones internacionales de unos 220 000 millones de francos, las inversiones exteriores del Reino Unido, Francia y Alemania se elevaban respectivamente a 100 000, 45 000 y 30 000 millones de francos; las de los Estados Unidos, a 18000 millones, y las de Bélgica, de 9000 a 10 000 millones.

<i>Inversiones francesas en el exterior 1852-1881</i>			
	Millones	%	
Mediterráneo:			
España	5.385	35.9	58,9
Italia			
Portugal	3.450	23	
Imperio Otomano y Egipto	650	4.3	
Colonias	4.715	31.3	
Europa Central, oriental y septentrional	800	5.4	
Resto del Mundo	15.000	100	
Total			

Los países importadores de capitales se distribuían entre Europa (27.2% del total), América del Norte (23.8), América Latina (19.3%), Asia (13.6%), Africa (10.6%).

<i>Distribución geográfica de las inversiones en el exterior</i>				
	Reino Unido	Francia	Alemania	Estados Unidos
Imperio colonial	47.3%	8.9%	1%	1.7%
América	41.1%	16.3%	31.9%	71.6%
Europa	5.8%	61.1%	53.2%	19.7%
Asia y resto del mundo	6.8%	13.7%	13.9%	7.0%

Las rentas de los capitales exportados proporcionaban una parte relativamente importante de la renta nacional de los países industriales: 10 % aproximadamente para el Reino Unido, de 4 a 3 % para Francia y Alemania.

Britain, 1870-1914, 1968.

7 cameron (R. E.), *France and the Economic Development of Europe, 1800-1914*, Princeton, 1961, pág. 88. (Trad. esp., Madrid, 1972.)

4. SUPERIORIDAD TÉCNICA DE EUROPA

Los progresos técnicos de Europa se aceleraron en la segunda mitad del siglo. La brecha entre los países industrializados y el resto del mundo fue cada vez mayor, tanto en el dominio de la producción económica como en el de los medios militares.

El *take off* de los Estados europeos viene marcado por la utilización de la energía que se cuadruplicó en el último tercio del siglo, por el crecimiento de los rendimientos y por el doble movimiento de aumento de la producción global y de descenso de los precios de renta que comportaron. La disminución de las tarifas de transporte, y principalmente de las tasas de flete, permitió la venta de estos productos industriales a mejores precios que los que producía el artesanado local de los países extraeuropeos.

Índice de precios en Francia			
100 = 1902-1910			
	General precio al mayor	Productos industriales	Índice de tasas de flete para la India y China 100 = 1884-1885
1872	144	149	335
1875	129	130	223
1880	120	110	171
1885	99	93	100
1890	100	97	95
1895	85	79	80
1900	99	103	

Paralelamente, los medios técnicos de la conquista militar se transformaron por completo. Gracias al vapor, las expediciones a ultramar se hicieron más rápidas, más seguras, y sobre todo las operaciones fluviales —casi imposibles en otros tiempos— desempeñaron un papel a menudo decisivo.

Los progresos en el terreno del armamento, de la organización militar y de los servicios no constituyeron la causa de la gran oleada del imperialismo, aunque es cierto que fueron factores decisivos que la hicieron posible⁸.

5. LA NUEVA POLÍTICA INTERNACIONAL

El cambio de las condiciones demográficas, financieras y técnicas, el auge de los nacionalismos y la democratización de las instituciones, el acceso a los negocios de un nuevo personal político y la difusión de los medios de información llevaron consigo un estilo nuevo en el terreno de las relaciones internacionales.⁹

El ideal del beneficio nacional y del poder marcó esta generación del nacionalismo» que se alejó del sentimiento de la comunidad internacional que había marcado profundamente a la generación de 1848.

Poco importan aquí el debate sobre las responsabilidades del abandono de la concepción de un «concierto europeo» y el triunfo de la *Realpolitik*. Sólo vamos a señalar en qué medida estas nuevas tendencias favorecieron el imperialismo y sus rivalidades. La diplomacia del imperialismo, según la expresión de Langer, marcó con mayor aspereza la extensión al conjunto del mundo de las luchas de interés y la interacción, más intensa que nunca, de las fuerzas profundas de la economía, del prestigio nacional y de las preocupaciones ideológicas o religiosas. En el terreno de las relaciones internacionales, supuso la aparición de una política global tanto por sus objetivos y preocupaciones como por sus medios y su alcance. Sin embargo, las nuevas condiciones de la vida internacional no son suficientes para explicar el movimiento de expan-

8 La brecha entre el armamento de los europeos y el de los pueblos coloniales era aún pequeña en 1860; a partir de esta fecha se acentuó rápidamente (Chassepot francés en 1866; Gras, 1874; Gadling inglés, 1870, etcétera).

9 Arendt (H.), *The origins of totalitarianism* Nueva York, 1958.

sión colonial de Europa. El problema esencial es el del paso del imperialismo, del *free trade* — el de la expansión comercial y de la dominación económica— a la colonización con control político y ocupación territorial. Implica una *decisión* política cuyos elementos son suministrados por la opinión pública, por los grupos de presión y la acción de algunas personalidades, y por las condiciones del juego diplomático.

2) Los motivos de la expansión

La expansión de Europa parecía detenida a fines del siglo XVIII y principios de XIX. La independencia de las colonias inglesas de América y la de las colonias españolas parecía indicar un reflujo que hallaba su justificación teórica en el «anticolonialismo» de la escuela librecambista. Evidentemente, la condena de la expansión aparecía bastante matizada y sólo se refería a la conquista territorial: se criticaba la colonialización, no el imperialismo.¹⁰

La economía británica, más avanzada que las demás, no podía temer posibles competidores. La sola apertura de un mercado representaba para ella una condición suficiente de su dominio. Mediante la persuasión y la negociación, la amenaza o la guerra, Londres imponía por todas partes tratados comerciales que le abrían nuevos mercados: Turquía, 1827; China, 1844; Marruecos, 1856, etc. Una serie de fortalezas *emporium*, cuidadosamente adquiridas, servían de bases para la navegación, de puestos de defensa, de factorías, de plazas de comercio: Gibraltar, Malta (1814), Singapur (1834), las Malvinas (1832), Aden (1839), Hong Kong (1841). Paralelamente, y tanto si eran debidas a la iniciativa de los agentes locales como a las necesidades estratégicas en la “frontera turbulenta”, las adquisiciones territoriales fueron aumentando.

Sin embargo, a partir de 1875-1878, la naturaleza y el ritmo de esta expansión europea fueron cambiando en todas partes. Una serie de nuevos competidores entraron en escena. El espíritu de dominación «intenta a partir de ahora extender la esfera de poder del Estado más allá de los límites de la metrópoli». En unos treinta años, la mayoría de grandes potencias van a lanzarse a las expediciones coloniales y a concluir entre sí el reparto de la Tierra, esforzándose al mismo tiempo en extender su preponderancia económica y cultural a las «colonias sin bandera».

Las causas de esta adhesión a la política colonial son diversas según los países y los momentos. Sin embargo, el movimiento fue demasiado general, y su aceleración demasiado continua, para que no tuvieran una serie de motivos comunes y para que no estuvieran ligados a profundas transformaciones de la opinión. En menos de un decenio (1876-1884), los dirigentes políticos de todas las grandes naciones apoyarían la ideología colonial. Su triunfo provocó el paso de la colonización no concertada, debida a condiciones particulares y a iniciativas individuales, a la colonización sistemáticamente buscada y practicada.

¿Cuáles fueron los motivos que intervinieron en toda Europa para la formación y el triunfo de esta ideología colonial?

1. LOS FACTORES ECONÓMICOS

Después de haber sido sobrevalorados, los fenómenos económicos no deben subestimarse. El cambio del *trend*, en 1873, produjo en los grandes países industrializados un período de dificultades económicas que indujo a la conquista de mercados, directamente por la necesidad de procurarse beneficios, indirectamente orientando a la mayoría de países europeos hacia el proteccionismo. Unos algodóneros de Lancashire reclamaban «la apertura al negocio de los nuevos territorios» (6 de noviembre de 1879) a los industriales alemanes y declaraban que «conquistar nuevos mercados se ha convertido para nuestra industria en una cuestión vital» (*Geographische Nachrichten*, 1879, página 32); este deseo económico se iba consolidando, se convertía en uno de los argumentos más empleados por los defensores de la colonización. Jules Ferry declaraba: «La política colonial es hija de la política industrial»; Chamberlain proclamaba: «El Imperio es el comercio»; en Alemania, B. Dernburg apelaba al interés.

Sin embargo, los motivos económicos son complejos y de fuerza desigual. A veces intervienen las exigencias generales del progreso, otras un deseo general de obtener unas fuentes pri-

10 robinson y gallagher. The Imperialism of free trade, en *Economic History Review*, 2ª serie, vol. VI, 1953, núm. 1, págs. 1-15.

vilegiadas de materias primas, otras el deseo particular de dominar un mercado preferencial... A veces resulta difícil descifrar si son causas o consecuencias de la decisión política. El Estado puede suscitar la reivindicación de intereses como argumento de su juego diplomático o verse empujado por grupos de presión. El estudio de la política de algunas cámaras de comercio ilustra claramente este doble aspecto.¹¹ En torno a los más importantes productos se libra una verdadera guerra de conquista de mercados. La de la venta de cotonadas es la más conocida. La superproducción de azúcar, a partir de los años 1880, suscitó una áspera competencia entre proveedores franceses, belgas, alemanes y austriacos en los mercados libres, desde Marruecos hasta Persia.¹² Los lazos entre cultivadores, fabricantes, exportadores, armadores y financieros ponían en juego importantes grupos de presión con apoyos políticos eficaces. La Conferencia de Bruselas, que reguló las condiciones de comercio en 1902, apaciguó, aunque sin ponerle fin, esta «batalla del azúcar».

La reacción contra la política aduanera liberal sirve de argumento. En Francia, el decreto de 1880 y la ley del 7 de mayo de 1881 ilustran las etapas de este despertar proteccionista que conduciría a la tarifa de 1892.¹³ Sin duda, en puertos como los de Burdeos y Marsella, las cámaras de comercio estaban compuestas, en el primer decenio de la III República, de libre-cambistas convencidos. Pero su actitud evolucionó en 1880-1885, precisamente los años del gran auge colonial. La Cámara de Comercio de Burdeos, después de las de Rouen y Nantes, se mostró cada vez más favorable al proteccionismo. El 23 de marzo de 1887 escribía al Ministerio de Finanzas: «La vuelta a tarifas diferenciales nos parece actualmente justificada por la necesidad de estrechar los lazos, demasiado relajados en los últimos años, que unen a Francia con sus colonias... La experiencia ha demostrado que Francia [...] necesita encontrar, en sus colonias habitadas por sus nacionales, los mercados asegurados para sus productos naturales e industriales».

El temor al cierre de los mercados extraeuropeos, tras su anexión por Estados que habían abandonado el libre-cambismo, constituyó un importante factor de iniciativas coloniales en Gran Bretaña. Entre los argumentos utilizados por los partidarios de la colonización aparece frecuentemente la amenaza del proteccionismo francés. Las tarifas francesas frenaban el comercio británico, y la posibilidad de que Francia ocupara nuevas colonias representaba de hecho la extensión del dominio del proteccionismo; esta circunstancia impuso la idea de que convenía acelerar la ocupación de territorios a fin de mantener la puerta abierta al libre comercio. Este temor británico —afirmado en la tarifa general de la India, reducida a la mitad en 1876 y abolida en 1882— aparece en la actitud del Foreign Office.

En todas partes, expansión colonial y desarrollo del proteccionismo aparecen conjuntamente. En España, a partir de 1882, los industriales catalanes, que apoyaban una política de acción en Marruecos, se pusieron en cabeza de una campaña en contra del libre-cambismo, que se afirmó en 1884-1887, años del mayor auge colonial. Conduciría a las leyes de 1892 y 1906. En Alemania, las tarifas moderadas de 1865 y 1873 fueron modificadas en 1879, pero sobre todo entre 1885 y 1891 (25 de mayo de 1885, 24 de junio y 21 de diciembre de 1887, 7 de diciembre de 1891), momento en que Berlín se suma a la política de colonización. En Italia aparecen unidas reacción proteccionista, galofobia y expansión imperialista.

La búsqueda de materias primas no suscitaba aún la misma áspera competencia, aunque no estuvo ausente de ciertas preocupaciones coloniales. El desastre que afectó a la sericultura francesa a partir de 1856 y el Oriente Medio a partir de 1864, indujo a la industria lionesa a buscar mercados de abastecimiento en el Extremo Oriente. Presionó al Gobierno para que adoptase una política activa en Indochina y en China. Los industriales de Manchester no fueron insensibles a los suministros de algodón que podría asegurar más fácilmente la posesión de Egipto; y la empresa de Leopoldo II en el Congo tuvo en cuenta las riquezas mineras del territorio.

Frecuentemente no fue el mercado existente sino sus posibilidades lo que impulsó a la conquista. Se trataba de hacerse con él antes de que se adelantara otra nación. En la propaganda y en la acción colonial intervinieron mucho los recelos hacia empresas extranjeras, ya fueran

11 Beresford, *The Leeds Chamber of Commerce*, Leeds, 1951.

12 La producción mundial pasó de 2000000 de toneladas en 1843-1864 a 4400000 en 1883-1884 y a 14000000 en 1903.

13 Newburg (C. W.). The Protectionist Revival in French colonial trade. The case of Senegal, en *The Economic History Review*, vol. XXI, núm. 2, 1968, págs. 337-347.

reales o simulados. Buena parte de la política de Gran Bretaña en el mar Rojo y en el océano Índico septentrional procede de este «imperialismo pasivo», según la expresión de Marton. En Francia, a partir de 1882, se denunciaban constantemente las ambiciones británicas,¹⁴ y, para inducir a la acción, las intenciones alemanas en Marruecos. La mayoría de colonialistas franceses eran anglófilos. En Italia eran francófilos, por una mezcla de admiración, envidia y temor, y veían la mano de los agentes franceses en cualquier dificultad con que se enfrentara la expansión italiana.

2. LOS FACTORES POLÍTICOS

La prevención contra las intrigas extranjeras no tenía como única ni a veces como principal meta la salvaguarda de los intereses materiales. A menudo se inspiraba en preocupaciones patrióticas.

La rivalidad colonial se alimentaba del nacionalismo, que era alimentado a su vez por aquella. La importancia de los factores políticos (nacionalismo, deseo de prestigio, de poder), recientemente puesta de relieve, es difícil de precisar. ¿Son motivos reales, o medios para disimular las causas profundas de interés material?

El auge del imperialismo permitió afirmar el poder y exaltar el orgullo nacional. La Francia humillada de 1871 encontró en la expansión de ultramar un motivo de orgullo y el medio para el país de volver a ocupar su lugar y de «dar un alimento fuera del Viejo Continente a la necesidad de actividad que devora a nuestra raza».¹⁵ El africanismo español debe mucho, después de 1898, a la voluntad de encontrar en Marruecos una revancha a las derrotas sufridas en la guerra hispanoamericana. Borrar Dogali y Adua es el agujón que mueve a numerosos colonialistas italianos.

La diplomacia del imperialismo ya no podía ignorar este sentimiento; como tampoco estaba en disposición de despreciar las cartas que podían suministrarle territorios coloniales o los triunfos para eventuales regateos: éstas fueron las principales preocupaciones de la política alemana en Marruecos en sus primeros momentos. El deseo de no dejar a otras naciones modificar en beneficio propio el equilibrio general o regional de las fuerzas creó una competencia imperialista que suscitó sus propios fines.

Las preocupaciones estratégicas fueron a menudo argumentos importantes. Un gran Estado debe estar presente en el mundo entero y hacer oír su voz sobre cualquier problema. Esta concepción fue perfectamente definida por lord Salisbury en su discurso de 1879: «Cuando el interés de Europa se centraba en los conflictos de España Inglaterra ocupó Gibraltar; cuando el interés de Europa se centraba en los conflictos de Italia, Inglaterra ocupó Malta. Ahora que el interés de Europa se centra en el Asia Menor y en Egipto, Inglaterra ha ocupado Chipre». La seguridad de las rutas marítimas, la vigilancia de las zonas políticas neurálgicas fueron también argumentos esgrimidos por Jules Ferry.

También hay que tener en cuenta el dinamismo de las colonias ya adquiridas. «África parece forzar la mano de sus conquistadores: una vez Francia e Inglaterra instaladas, una al norte y la otra al sur, parecen como aspiradas por el vacío político del traspais.» Así, toda una «segunda colonización» tiene como motor no ya la metrópoli sino tal o cual colonia, a veces incluso en contra de la voluntad del poder central: los «argelinos» inducen a la conquista del sur y de Marruecos; Nueva Zelanda obliga a Londres a la adquisición de las islas vecinas.

3. FACTORES IDEOLÓGICOS

Cada gran nación, consciente de los valores que representa, pretende propagarlos. Para ello apela a la historia: Italia evoca la imagen de Roma, Gran Bretaña la misión civilizadora británica, España el recuerdo del siglo de oro, Francia la difusión de los «grandes principios».

El ejemplo del renacimiento imperialista de Portugal y España es el caso más ilustrativo de imperialismo no económico, nacido ante todo de una toma de conciencia ideológica. El sentido de una misión, la convicción de un destino nacional —en el sentido providencial— están por

¹⁴ Así en Saigón se iba afirmando, contra «las amenazas inglesas», el deseo de crear «una nueva India francesa tan amplia y tan floreciente como las posesiones inglesas».

¹⁵ Caillaux, *Mes mémoires*, pág. 298.

encima de los intereses materiales.¹⁶

Los proyectos se ordenan también en torno a ideas motrices, conducentes a la acción: el sueño de una unión El Cabo-El Cairo,¹⁷ el del bloque magrebí francés, el de la unidad del estrecho por parte de España, «cumplimiento de nuestra misión histórica, de nuestros destinos étnicos y geográficos» (Montero Ríos, 1904).

El romanticismo colonial lleva la imaginación de los publicistas a una exaltación lírica que transfigura completamente la realidad: algunos Gobiernos pretenden utilizar esta fiebre para desviar la atención de la opinión pública de otros problemas. Este deseo aparece claramente en la política de Crispí.

Las riquezas y las posibilidades económicas de ultramar, siempre sobreestimadas, mantienen la fabulosa esperanza de Eldorado. Esgrimido por los grupos de presión y popularizado por la literatura de evasión, ocupa un lugar importante en algunas empresas, tanto más cuanto que las dificultades económicas sacudían a la Europa de los años 1873-1895 y que el país codiciado está más lejos, es menos conocido y se presta mejor a fabulaciones. Las riquezas del Sahara del Extremo Oriente o del África negra fueron objeto de entusiásticas descripciones.¹⁸ Los mitos del paraíso perdido, de las islas afortunadas, del renovarse por la aventura, todos los más antiguos sueños del hombre, vivificaron un deseo nacido de la confusión creada por la urbanización, las migraciones rurales, la mutación industrial.¹⁹

El mito resiste a los hechos más evidentes. Cada decepción hace renacer la esperanza en un nuevo producto, en un nuevo país, en un nuevo acuerdo, con tanta más fuerza cuanto que deben sustituir a las esperanzas frustradas y compensar los esfuerzos empleados. Este deseo agita a las «naciones proletarias»: ¿qué campesino italiano sin tierras no sueña con América o con las «opulentas tierras africanas»? A menudo aparecen mezclados la esperanza de riqueza y el nacionalismo: ¿acaso las virtudes nacionales no justifican la explotación de estos bienes virtuales?

Los imperialismos alemán e italiano se desarrollaron una vez concluida su unidad, momento en que ambas naciones buscaban un nuevo objetivo para su dinamismo. El de los Estados Unidos apareció tras el retroceso y luego desaparición de la frontera, línea pionera destinada durante mucho tiempo a absorber las jóvenes energías del país. Estos bruscos accesos a las motivaciones del imperialismo ilustran claramente que todos los sectores de la sociedad (política, económica, cultural) contribuyen a un acontecimiento que marca, junto a una fase de la evolución nacional, un fenómeno de civilización global.²⁰

Los intereses materiales, el gusto por la evasión, la filantropía, el nacionalismo, mezclados de forma inextricable, no permiten descifrar claramente su papel respectivo. Los lazos entre políticos y hombres de negocio, el sincronismo entre acción política y ofensivas económicas no prueban la influencia dominante de tal o cual factor. De su unión nace la iniciativa, resultante de una decisión política; para llegar a influir en esta decisión, grupos de presión y partidos van a utilizar distintos argumentos y a desarrollar en la opinión pública la ideología colonial.

3) Los grupos de presión

1. LAS SOCIEDADES GEOGRÁFICAS

En casi todas partes, las sociedades geográficas contribuyeron en gran manera a la propagación de la ideología colonial. «La geografía» ciencia que inspiró tanta abnegación [...] se ha convertido en la filosofía de la tierra.»²¹ Las antiguas sociedades de geografía recuperaron cier-

16 Hammond (R. J.), Portugal and Africa. A study in Uneconomic Imperialism. Stanford. 1966.

17 Raphaël (L. D. C.), The Cap to Cairo Dream; a study in British Imperialism, Nueva York, 1936.

18 Podrían multiplicarse las citas. *Le Correspondant* del 7 de octubre de 1882 describía «las inmensas riquezas aún sin explotar destinadas a un prodigioso desarrollo» existentes en el Congo. torre destacaba «las ventajas económicas extraordinarias de la Tripolitania», en *La Tripolitaine de 1911*, página 725. Charles Campbell ha mostrado las extravagantes esperanzas mantenidas por los mercaderes americanos dedicados al comercio con China a fines del siglo XIX, *Special business. interest and the open door*, Nueva Haven, 1951.

19 Bandet (U.), *Paradise on earth*, Nueva Haven, 1965.

20 En el momento en que las realizaciones técnicas repercuten a la vez sobre el progreso y sobre la convicción de la superioridad de la civilización de Occidente.

21 La roncière de moury, Discurso de inauguración del Congreso Internacional de 1875.

to vigor y se crearon otras nuevas. En Francia, la Société de Géographie, fundada en París en 1821, contaba tan sólo con 300 socios en 1861, pero en 1881 alcanzaba la cifra de 2000 miembros. En este mismo año una decena de sociedades locales agrupaba 9500 miembros y dejaban sentir su influencia a través de revistas y boletines. A partir de 1878 se reunieron anualmente en un congreso.

La Sociedad de Geografía italiana, fundada por Cesare. Corrienti en 1887, adquirió nuevo empuje con el traslado de su sede a Roma en 1873. A fines de 1880 se creó en Nápoles la Sociedad Africana italiana. Pero fue sobre todo la Sociedad de Exploración Comercial en África, fundada en 1879 en Milán, la que, con su revista *Esploratore*, dirigida por Camperio, desempeñó un papel determinante en la difusión de la ideología colonial. En 1884 se creó, bajo la dirección de G. Cora, la Società di Geografia e di Etnografia, que impulsó numerosas exploraciones.

El boletín de las dos Sociedades de Geografía de Bélgica, creadas en Bruselas y en Amberes en 1876, «no omitía ocasión alguna para atraer la atención de sus lectores sobre África». Leopoldo II supo utilizar hábilmente el movimiento: la Conferencia de Geografía de Bruselas tuvo en 1876 un carácter práctico. Esta característica fue la que dominó en las sociedades de geografía alemanas. La Sociedad de Geografía de Berlín, fundada en 1828, organizó numerosos viajes de exploración a África, y su revista, *Westermanns illustrierte deutsche Monatshefte*, es una auténtica mina de datos concretos. El Instituto de Geografía Justhus Perthes de Gotha, dirigido desde 1854 por Augusto Petermann, se interesaba por las exploraciones y estimulaba las acciones de Barth, Nachtigal, Schweinfurth...

En España, el africanismo debe mucho a la Sociedad Geográfica de Madrid y sobre todo a la Sociedad Geográfica Colonial y Comercial cuyo primer congreso, celebrado del 4 al 11 de noviembre de 1883, señala la renovación de la ideología colonial en la península tras los años de decadencia que siguieron a la revolución de 1868 y a la restauración de 1873.

La Sociedad Geográfica de Lisboa fue creada en 1875. En 1881, las distintas sociedades geográficas de Europa contaban con más de 30 000 miembros. El primer Congreso Internacional de Geografía se reunió en Amberes en 1871; el segundo, en París en 1875. Al Congreso Internacional de Geografía Comercial de París en 1878 le siguieron los de Bruselas (1879) y Lisboa (1882).

Este movimiento geográfico familiarizó la opinión pública con las cuestiones coloniales. Contribuyó a dar a las expediciones de ultramar una justificación moral, a reforzar el ideal europeo de universalismo. Su papel fue decisivo en la multiplicación de exploraciones, y sobre todo en su repercusión popular.

De hecho, la influencia de estas sociedades se prolongó debido a la afición del gran público por la literatura de viajes. Se multiplicaron las colecciones a precios reducidos y con grandes tiradas. *L'Afrique explorée et civilisée* se publicaba en Ginebra; a los *Anuales des voyages* y al *Tour du Monde*, en Francia, vinieron a sumarse los *Voyages illustrés*, cuyo subtítulo *Aventures, combats, découvertes*, abría las puertas a la imaginación (1879-1883), la *Gazette géographique de l'exploration* (1885), los *Romans d'aventure sur terre et sur mer* (1901). En Italia, el *Giornale illustrato dei viaggi e delle avventure di terre e di mare*, editado en Milán a partir de 1879, publicaba semanalmente sus litografías románticas. La «Biblioteca dei viaggi», iniciada en 1884 por el editor Ferino, proporcionaba cuatro veces al mes un volumen donde se exaltaba la figura de un pionero del descubrimiento geográfico. La revista *Cosmos* ponía al alcance de todo el mundo los relatos de los grandes viajes. En España *El Explorador* exaltaba las acciones de los Iradier, Bonelli, etc. Los boletines de las sociedades misioneras tuvieron un éxito parecido, principalmente en Gran Bretaña.

2. LAS SOCIEDADES MISIONERAS

El gran movimiento de evangelización y el auge creciente de las misiones en la segunda mitad del siglo XIX esparcieron por el mundo entero los centros misionales. Se establecieron en función de la población, de la trata de esclavos, de la apertura de nuevas rutas hacia el interior. Misiones protestantes y misiones católicas rivalizaron con sus medios de acción diferentes y con sus organizaciones particulares. Las primeras, más independientes, más variadas por su pertenencia a numerosas Iglesias reformadas (luteranas, bautistas, presbiterianas, metodistas, etc.), fueron principalmente inglesas. La primera gran sociedad misionera protestante, la Society of the Gospel in Foreign Part, fue fundada en Londres en 1701, y se fueron multiplicando so-

bre todo a lo largo de la primera mitad del siglo XIX: la British and Foreign Bible Society, creada en 1804, que evangelizó la India, China, Malasia, las Indias neerlandesas y el norte de África; la Christian Mission in Many Lands, fundada en 1836, tenía misioneros en Malasia y en África; la Church Missionary Society, en el oeste de África y en el África oriental; la London Missionary Society envió los primeros misioneros a Madagascar. La influencia de estas sociedades en la política de ultramar fue sensible en Gran Bretaña. Las convicciones evangélicas, metodistas, no conformistas se afirmaban en este terreno con fuerza creciente. El dinamismo de la Iglesia presbiteriana de Escocia se dejaba sentir en todas las regiones. El papel del Free Church Colonial Committee entre 1874 y 1881 fue puesto de relieve por Balfour. La Société des Missionnaires évangéliques de París, fundada en 1822, era la principal organización misionera del protestantismo de Francia y de la Suiza de habla francesa, con misiones en el oeste de África, Madagascar, Nueva Caledonia. La Société des Missions de Basilea (1815), las misiones escandinavas (1874, Swedish Church Missionary Society) desarrollaban sus principales actividades en África. El auge de las sociedades misioneras de los Estados Unidos fue importante en los primeros años del siglo.

Las misiones católicas estaban más jerarquizadas, con sus lazos con la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe. Los jesuitas reemprendieron en 1823 su obra evangelizadora a través del mundo, que había sido suspendida en 1773. En vísperas de la primera guerra mundial, ejercían su apostolado en cincuenta y nueve países. Las otras órdenes, antiguas o nuevas, multiplicaron su actividad.²² La Société des Missions étrangères de París se interesaba particularmente por Indochina, cuya evangelización compartía con los dominicos españoles (misión del Noreste). La Société des Missions africaines de Lyon fue creada entre 1856 y 1859; los asuncionistas, cuya compañía fue fundada en 1850, se instalaron en el Oriente Medio en 1863, y posteriormente en el norte de África, el Congo y Madagascar; los Padres Blancos del cardenal Lavignerie, cuya orden databa de 1868, empezaron su acción en 1872 en Argelia, la prosiguieron en Tunicia en 1877 y la extendieron en dirección a los grandes lagos africanos en 1878.

Los Gobiernos, pese a que algunas veces intentaban frenar la iniciativa de los misioneros,²³ sacaban muy a menudo partido de sus actividades. Leopoldo II supo utilizarlos hábilmente para su empresa congoleña y, a partir de 1885, consiguió que el papa reservara el Congo a los misioneros católicos belgas. El Gobierno francés defendía el «protectorado» en el Oriente Medio. La política española de penetración en Marruecos utilizaba a los misioneros franciscanos.

En los momentos iniciales, evangelización misionera y expansión colonial fueron independientes. Pero la «coincidencia de hecho trajo consigo el establecimiento de relaciones múltiples y finalmente cierto apoyo mutuo».²⁴ Los conocimientos que los misioneros habían adquirido sobre el país y sus gentes les convirtieron en introductores, en intérpretes de los exploradores, de los soldados y de los diplomáticos. Expuestos en cualquier parte donde se hallaran a la arbitrariedad o a las persecuciones, reprochando los procedimientos de los aventureros y de los comerciantes ávidos de ganancias, pensaban que una paz británica o francesa era lo mejor para las poblaciones que estaban evangelizando. Las sociedades madres se hicieron eco de sus esperanzas. Sin duda algunos misioneros temían la empresa colonial, ya que ésta podría trastornar su paciente labor evangelizadora,²⁵ pero se hallaban apresados en un juego de oposición que les llevaba a desear el apoyo de su Gobierno. Misioneros protestantes y misioneros católicos, en rivalidad en casi todas partes, se convirtieron en elementos de rivalidades nacionales. Las autoridades civiles o militares los consideraban como agentes de influencia. La lucha en torno a las misiones, la financiación de las obras de evangelización, las gestiones cerca de la Santa Sede²⁶ ponen de manifiesto la importancia que los Gobiernos concedían a la influencia misionera.

22 Buen cuadro cronológico de Lesourd (P.), *L'expansion religieuse*, en *L'Europe des dix-neuvième et vingtième siècles*, 1870-1914, 2, páginas 951 y ss.

23 La oposición del Gobierno británico a los misioneros ha sido estudiada por Ajayi (W. O.), *Aspects of Protestant Missionary work in northern Nigeria, 1887-1910*. en *JO*, 3 de enero de 1966, págs. 40-55.

24 R. P. Couturier, *Missions catholiques et expansion coloniale aux XIXe et XXe siècles*, en *Colloque Colonisation. Décolonisation*, París, 17 de noviembre de 1967.

25 La Blantyre Mission of the Church of Scotland se opuso así fuertemente, entre 1890 y 1905, a la administración colonial; cf. Stoks y Brown (ed.), *The Zambezi Past*, 1966, pág. 332. Por el contrario, la Church Missionary Society colaboró estrechamente con la Royal Niger Company.

26 El acercamiento entre la Santa Sede y el Gobierno italiano a partir de 1898 estuvo marcado por el acuerdo de 1905, brecha en el protectorado francés.

Así, en los años 1880-1900, colonización y actividad misionera aparecen estrechamente imbricadas. En gran parte está aún por escribir la historia de las relaciones de las misiones cristianas con los Gobiernos, de sus tratos con otros agentes de la colonización (comerciantes, administradores, militares), de sus rivalidades, del papel de sus conversos.²⁷ El impacto de la evangelización sobre las culturas y las sociedades tradicionales tuvo una importancia enorme.

La influencia de las asociaciones filantrópicas, sobre todo de las sociedades antiesclavistas, fue también importante. Los años que van desde el jubileo de la British and Foreign Antislavery Society (1883) hasta la reunión de la Conferencia Internacional Antiesclavista de Bruselas (1890) corresponden al apogeo del interés humanitario y religioso hacia África. Pese a que la acción de las sociedades no fue la única responsable del fin de la esclavitud,²⁸ no por ello dejó de tener importancia en la política colonial. La Sociedad británica se hacía eco de la política del Foreign Office.²⁹ Su revista, la *Antislavery reporter*, tenía tiradas de varias decenas de miles de ejemplares.

En Europa entera los boletines de las sociedades abolicionistas alcanzaron gran importancia: *Revista Antiesclavista* (Madrid), *Le Mouvement antiesclavagiste belge* (Bruselas), *Antischlavisimo* (Palermo), etc.

3. LAS ASOCIACIONES COLONIALES

La ideología colonial fue propagada en todas partes por asociaciones que se esforzaban en convencer a la opinión pública y en influir sobre las decisiones del Gobierno. Reunían a representantes del mundo de los negocios, a intelectuales, escritores y políticos. En Francia, la más importante —y la más característica— fue el Comité de l'Afrique française, fundado en otoño de 1890 por el príncipe de Arenberg y Harria Alis (Percher), animado por Eugène Etienne y que tenía como secretario a Auguste Terrier. En ella había tanto representantes políticos de la derecha (el marqués de Moustier, Eugène de Vogue), como gambettistas (Reinach, Etienne), escritores (H. Percher) y hombres de negocios (Jaluzot, Rothschild).

Su acción era sostenida por conferencias, publicaciones (*Bulletin du Comité y Renseignements coloniaux*), subvenciones para exploraciones y gestiones cerca del poder. Estaba ramificada en numerosos comités especializados: Comité de Egipto en 1894, Comité de Madagascar en 1895, Comité de Etiopía en 1892, Comité de Asia francesa en 1901, Comité de Marruecos en 1904. La Unión colonial française, fundada en 1893 por Chailley-Bert, «más especialmente dedicada a la explotación de nuestro dominio colonial», convirtió su banquete anual en la gran manifestación colonial francesa. El Comité Dupleix, políticamente más a la derecha, se propuso «atraer la atención sobre las colonias, darlas a conocer mucho mejor y preparar para la vida colonial a todos aquellos franceses aptos para convertirse en colonos». A estos «auxiliares de la colonización» hay que añadir los grupos de jóvenes (Ligue coloniale de la Jeunesse), las asociaciones más netamente profesionales (Comité dunkerquois maritime et colonial, Institut colonial de Marseille, Société française de Colonisation et d'Agriculture coloniale, etc.). Pese al número relativamente escaso de sus miembros (el Comité de l'Afrique française sólo tenía 4000 en 1914), representaban sin duda una fuerza.³⁰

Las asociaciones coloniales alemanas, establecidas según las mismas modalidades, contaban con mayor número de miembros. La Deutsch Kolonial Gesellschaft, creada en Berlín en 1888 por la unión de varias sociedades ya existentes, tuvo un rápido éxito, y contaba con varias decenas de miles de miembros.³¹ La Deutscher Flottenverein, fundada en 1898, agrupaba en sus 5000 secciones locales a unos 650000 miembros: industriales (Krupp), militares general (Kein), funcionarios, publicistas (Von Schweinburg), etc. En Italia, a la Sociedad Africana d'Italia, a la Lega Navale (1897), se sumó en marzo de 1906 el Istituto coloniale italiano que reunía a parlamentarios (Di Martino, Artom), hombres de negocio (Franchetti), escritores (Pierotti).

27 Indicaciones metodológicas en *Christianity in tropical Africa*, Londres, 1868.

28 Sobre el papel de los factores económicos, Williams (E.), *Capitalism and Slavery*, 1944.

29 Como testimonio, la enorme correspondencia dedicada al problema de la esclavitud por el Foreign Office.

30 No siempre unida; a partir de 1907 la rivalidad entre la Liga colonial francesa y la Unión colonial francesa era grande.

31 En 1902, 32 756 miembros. Su órgano era la *Deutsche Kolonialzeitung*.

La Sociedad Española de Africanistas y Colonistas fue constituida de forma semejante en diciembre de 1883.

Las asociaciones coloniales fueron particularmente numerosas en Gran Bretaña: Royal Colonial Institute, asociación privada creada en 1868 «para fomentar un mejor conocimiento de las colonias y la India»; Primrose League de los discípulos de Disraeli; Imperial Federation creada en 1884 por los liberales imperialistas (Forster), conservadores (Camavon), colonialistas eminentes (sir C. Tupper) con sus múltiples secciones y revistas; Liberal League, imperialista y reformista, presidida por Rosebery; Indian Society constituida en 1910, Round Table...

La cuestión del papel exacto desempeñado por estos grupos de presión sigue sin resolverse. Su influencia deriva menos del número que de la calidad de sus miembros, de sus relaciones, de la amalgama entre medios económicos y políticos.

Una serie de grupos parlamentarios prolongaron en las asambleas estas asociaciones con las que mantuvieron estrechas relaciones. En París, el «grupo colonial de la Cámara» fue fundado en junio de 1892 por E. Etienne quien ocupó la presidencia. El «partido colonial» se convirtió en una fuerza parlamentaria: en la Cámara de 1902 contaba con unos doscientos miembros. A través de una vigorosa campaña en la prensa y en el Parlamento, impidió la ratificación del tratado franco-siamés de 1902 e impulsó al Gobierno las nuevas convenciones de 1904-1907. Desempeñó un papel considerable en el asunto de Marruecos. Aún no se ha realizado trabajo alguno sobre las relaciones entre el partido colonial y los Ministerios: podrían aclarar algunos problemas.³²

4) La opinión pública

¿Cómo reaccionaba la opinión pública ante la propaganda colonial de los distintos grupos de presión? Y, ante todo, ¿cómo atraerla? Habría que disponer de numerosas monografías sobre los Órganos de prensa y sobre los diferentes grupos sociales. Este tipo de estudio es aún muy escaso y las obras existentes son difícilmente comparables.³³

Por otra parte, las investigaciones sobre el papel de la cuestión colonial en las elecciones legislativas o en los debates parlamentarios no permiten aún conclusiones generales.

El entrecruzamiento de intereses y de ideologías, de motivos confesados y de móviles ocultos diversifican mucho las actitudes según los momentos y los lugares. Las posiciones adoptadas dependen de tensiones en el plano de las grandes corrientes políticas como de contingencias a nivel local.

En Francia, la derecha fue poco favorable, hasta los años 1890, a una expansión que hubiera podido desviar el país de la reconquista de las provincias perdidas. Sin embargo, no faltaron las llamadas a la política colonial procedentes de los medios tradicionalistas. Incluso durante el período llamado de *recueillement* (1871-1878) los alegatos en su favor ponen de manifiesto que la relativa lentitud de la expansión se debía menos a un principio estancado que a una necesidad coyuntural.

La oposición del radicalismo, especialmente fuerte en los años 1884-1886, ¿fue ideológica o táctica? La opinión socialista se mostraba muy matizada, y su antimilitarismo no excluía cierto sentimentalismo patriótico.

La expansión fue defendida ante todo por los «republicanos de todas las observancias». Y a ella estuvo especialmente ligado el grupo de los amigos de Gambetta. También abundaron entre sus defensores los francmasones, cuya influencia en la política de expansión a principios de la III República fue innegable.

32 El papel de los grupos de presión en la historia colonial —a menudo denunciado— no ha sido objeto de estudios monográficos.

33 Entre los más recientes, para Francia: jeangeon, *Les sociétés d'exploitation au Congo et l'opinion française de 1890 a 1906*, en *Rev. fr. d'Hist. Outre-Mer*, 4-1961; Masson, *L'opinion française et les problèmes coloniaux à la fin du second Empire*, en *Rev. fr. d'Hist. Outre-Mer*, 3/4-1962; A. Olivesi, *Les socialistes marseillais et le problème colonial, 1905-1920*, en *Rev. fr. d'Hist. Outre-Mer*, 2-1960; valette, *L'esprit bourgeois et l'expédition de Madagascar*, en *Bulletin de Madagascar*, 11-1962; girardet (R.), *L'idée coloniale devant l'opinion française, 1830-1935*, en *Rev. fr. Sc. Polit.*, 6, 1968. Para el Reino Unido: perrato.n (H. D.), *British attitudes towards East and West Africa, 1880-1914*, en *Race*, 8 (3) enero de 1967; Cumpston (J. M.), *The Discussion of Imperial Problem in The British Parliament, 1880-1885*, en *Trans. Roy. Hist. Soc.* 1961.

En los años 1890 se afirmó en la psicología colectiva una especie de consenso favorable al principio de la colonización.

En Gran Bretaña, los liberales unionistas se convirtieron a la ideología imperial, tanto por efecto de su toma de posición frente a la India, como debido a su alianza electoral con los hombres de negocios de la City. Incluso los fabianos apoyaron el imperialismo. Los años 1894-1900 asistieron así a «la culminación de un período de creciente interés británico por la extensión del Imperio». Las posturas de oposición a esta política eran excepcionales: era impensable no ser colonizador a fines del siglo XIX.³⁴

Evidentemente, en España e Italia, debido a las derrotas de Cuba (1898) y Adua (1896), había aparecido un activo movimiento anticolonialista. Pero tanto en uno como en otro país, la corriente favorable a dicho movimiento consiguió imponerse. A partir de 1902 apareció un socialismo imperialista italiano que preconizaba una «colonización proletaria» que no contradecía en absoluto la opinión favorable a la expansión.

En España, el africanismo adquirió gran fuerza en los años 1900. En Alemania, los progresos de la opinión favorable al colonialismo fueron constantes en los primeros años del siglo y hasta las elecciones de 1907, que proporcionaron la victoria a los candidatos defensores de un programa expansionista.

A partir de los años 1905-1907, las críticas a la colonización, procedentes de horizontes diversos, reaparecieron. Su voz, cada vez más elocuente, se dejaba escuchar cada vez más.

5) Las formas nacionales

La multiplicidad de motivos, la diversidad de argumentos, la evolución según los períodos, confieren gran complejidad a cada movimiento colonial nacional. Sin embargo, una serie de rasgos dominantes hacen que cada uno tenga su carácter original. La expansión colonial francesa estuvo caracterizada por la autonomía de los factores políticos en relación con los económicos. El papel del Estado, y en consecuencia el de los políticos, tuvo gran importancia. La influencia real de Jules Ferry, exagerada durante mucho tiempo, debe ser disminuida.³⁵ Su política no parece haber obedecido a «un plan sabiamente preparado y resueltamente ejecutado». Su programa de 1885 fue sobre todo una justificación *a posteriori* Freycinet señalaba ya: «sin haber premeditado positivamente su obra colonial, aprovechó las ocasiones que se le presentaron para llevarla a cabo». El papel esencial pertenece a Gambetta y al grupo de los fieles del «clan». Éstos, desde Etienne a Delcasse, «gambettistas de ideas o de sentimientos», a veces encarnizados rivales políticos, pretendieron, hasta después de finalizada la primera guerra mundial, seguir las lecciones del «gran desaparecido».³⁶ En cuanto a Tunicia, que marca verdaderamente la reanudación del movimiento, fue Gambetta quien, por su decisión, permitió la expedición y quien, más tarde, impidió la evacuación. Parece que éste tomó conciencia de la importancia de la política expansionista entre 1878 y 1880, en parte por influencia del barón de Courcel y quizá también por la de algunas amistades británicas, principalmente la de Dilke. En diciembre de 1881 bosquejaba una política colonial que se «fundaba, como la de los antiguos griegos y la de los modernos ingleses, en la primacía de la economía».

En efecto, Jules Ferry y Gambetta representaban dos fórmulas distintas, incluso opuestas, de la colonización: el primero representaba la forma tradicional, ligada a la influencia marítima o política; el segundo, una concepción nueva, basada en la economía pero también en la propagación a ultramar de los grandes principios de la revolución. A este expansionismo «liberador» se asociaron los seguidores de Gambetta, francmasones y judíos.

En Italia, el papel desempeñado por Crispí, considerado decisivo durante mucho tiempo, ha sido también reconsiderado. El sentimiento colonial italiano, hasta principios del siglo XX, es el que menos debe a los factores económicos y el que más defiende los argumentos políticos e históricos. Lo mismo sucedía en España. Pese a que las preocupaciones económicas no esta-

34 Engels escribía a Kautsky en 1882: «Me preguntáis qué piensan los obreros de la política colonial. Pues bien, exactamente lo que piensan de la política en general: lo mismo que los burgueses [...]. Los obreros participan alegremente en el festín del monopolio inglés sobre el mercado mundial y en las colonias».

35 El primer replanteamiento del tema lo hizo C.-A. Julien en *Politiques d'expansion imperialiste*, 1949.

36 bury (P.), *Le gambettisme depuis Gambetta*, en *Mélanges C. Jacquemyns*. Bruselas, 1967, y Gambetta and overseas problems, en *Engl. Hist. Review*, abril de 1967.

ban ausentes de las actitudes procoloniales de los medios económicos, principalmente de los de Barcelona, fueron muy escasamente evocados por la propaganda colonialista. Se insistió especialmente sobre la misión de España, sobre las virtudes de la hispanidad y sobre los legados de la tradición.

La acción alemana en ultramar lleva la impronta de los teóricos que la elaboraron, y ofrece mayor vigor sistemático. El papel de los factores racial y nacional (*Volkstum*) fue primordial. «La expansión es una etapa necesaria en el desarrollo de un organismo vivo y sano» (Husse).

El imperialismo belga no lo debe todo a Leopoldo II. El desarrollo de la industria, los progresos del gran comercio internacional llevaron a una burguesía activa a la búsqueda de nuevos mercados. Pero Leopoldo le dio su carácter particular, frente a una opinión a veces reacia, y convirtió el Congo en su negocio particular y en el paraíso de los negocios. Se convirtió en el ejemplo del nuevo imperialismo financiero.

En Inglaterra, el argumento de prestigio fue muy a menudo empleado. Antes de que se cantara la «Saga de los anglosajones alrededor del mundo»,³⁷ la idea de la superioridad de la raza inglesa y del temperamento inglés se unió a la noción de la misión civilizadora respecto a los pueblos africanos.

Así, Dilke fundaba su concepción del Imperio en las cualidades intrínsecas de la civilización británica. En última instancia, una especie de «darwinismo imperialista» inspiraba esta concepción, cuya forma más evidente era el «jingoísmo»,³⁸ y elevaba a los más altos niveles el sentimiento, general en aquella época en Europa, de superioridad cultural, que iba acompañado por el desconocimiento y el desprecio por las culturas diferentes, principalmente, como ha indicado D. Norman, respecto al «islam corrompido».

En todas partes, el movimiento colonial debe mucho a las individualidades, tanto si se trata de técnicos de la colonización, un Gambetta, un Ferry, un Chamberlain, que asociaban parte o la totalidad de su carrera a la política de expansión, como, localmente de actores, un Lyautey, un Brazza, un Rhodes, que iban más allá de las instrucciones recibidas, forzaban los trámites y ponían a la metrópoli ante el hecho consumado. La tentación de la aventura lanza a los espíritus fuertes fuera de lo cotidiano conocido. Exploradores, aventureros y médicos actuaban sin interés económico o político alguno. Pero la obra colonial de estos hombres, triunfo de la biografía, se inscribe en un contexto general, gracias a otros hombres adscritos a una ideología dominante. Tras estos grandes nombres, habría que dejar un lugar para los burócratas y para la acción de los artesanos más anónimos.

Las administraciones, elemento permanente y concreto, mantienen una tradición de expansión que ha sido señalada por M. Blanchard.³⁹ El ejército y la marina, animados de los mismos sentimientos, impulsados también por el deseo de gloria que Europa ya no puede proporcionarles, desviados a veces por el poder político, deseoso de tenerlos ocupados, hacia escenarios lejanos, constituyen los elementos de una política colonial activa.⁴⁰

La acción, sostenida en los negocios, los círculos y la prensa, de hombres de segundo plano especialistas en atar cabos, en impulsar las empresas, en servir de «correa de transmisión» fue importante para Francia; así por ejemplo, la de Ulysse Pila en la política de penetración en el Extremo Oriente; de Rabaud, fundador de la Société de Géographie de Marsella, en los proyectos africanos; de Maunoir, secretario general de la Société de Géographie de 1867 a 1896; de Hertz, redactor del *Journal Officiel* y director de *L'Explorateur*, de Weiss... Se podrían citar en Italia los nombres de Camperio, Rubattino, Pierotti; en España el de Costa, etc.

El estudio de las biografías y de las motivaciones de los pioneros de la colonización europea, a escala nacional o local, puede contribuir a dar nueva luz sobre el problema del imperialismo.⁴¹

37 Rudyard Kipling en *Canción de los ingleses* (1890)

38 Y las palabras de Joseph Chamberlain: «Creo en esta raza, la más grande de las razas que el hombre haya conocido jamás... y creo en el futuro de este Imperio vasto como el mundo...».

39 M. Blanchard. Belges et français sur l'Oubangui, en *Bulletin Soc. Hist. moderne*, 1, 1950, y L'Indochine de 1885 a 1889, en *Bulletin Soc. Hist. moderne*, 1, 1952.

40 «Si dejáramos las manos libres a los militares —declaraba lord Salisbury—, ocuparían la Luna para asegurar la protección de Inglaterra contra los marcianos.» Sobre el papel de la «chusma militar» en la conquista de Sudán, Kanya-forster, *The conquest of the Western Sudan*, Cambridge, 1969.

41 Hargreaves (J. D.), Biography and the debates about Imperialism, en *Journal mod. Af. Studies*, 2 (2), 1964, págs. 239-285.

CAPITULO II

El reparto del mundo

En 1873 existían dos grandes conjuntos de territorios coloniales: uno compuesto por los vestigios de la primera expansión europea; el otro, más reciente, había surgido de la nueva fase nacida de la revolución industrial y de los transportes.

A la primera categoría pertenecen las posesiones de España y Portugal, que no sólo, según parece, ya no podían ampliarse más, sino que incluso resultaban difíciles de conservar. Así España dominaba Cuba, sacudida por constantes revueltas, las Filipinas, las plazas de soberanía en la costa norte de Marruecos; poseía un derecho ambiguo sobre el Imperio jerifiano y finalmente algunas posesiones en el África ecuatorial, frente a las islas Annobón y Fernando Poo. Portugal extendía su soberanía sobre el archipiélago de Cabo Verde, las islas Sao Tomé y Príncipe, la costa de Guinea, Angola y Mozambique; en Asia poseía Goa, Macao y una parte de la isla de Timor (reparto de abril de 1859, ratificado en agosto de 1860). Muchas de estas posesiones sólo lo eran de forma «platónica»: los territorios realmente ocupados o controlados —principalmente en Angola— sólo representaban una mínima parte.

Las dificultades políticas y económicas de la península ibérica hacían poco probable —tras el renacimiento de la colonización española entre 1856 y 1864— una nueva expansión o incluso una ocupación efectiva. El dominio español o portugués parecía más una presa eventual para los nuevos imperialismos que la base de partida de una nueva colonización. Los Países Bajos, que conservaban las Indias neerlandesas y, en las Antillas, Curaçao y Surinam, no podían aspirar a nuevas conquistas.⁴² Por el contrario, Francia y Gran Bretaña habían proseguido, a lo largo del siglo XIX, la adquisición de nuevas colonias.

Francia continuó pacientemente la conquista de Argelia; en el África negra amplió los límites de Senegal; la soberanía francesa se afirmaba sobre los «establecimientos» de Costa de Oro y de Gabón- en Asia, con el asentamiento en Cochinchina y Camboya, establecía las primeras bases de un Imperio indochino.

La expansión francesa fue considerable; menor, sin embargo, que la del Reino Unido, del *free-trade* y del «antiimperialismo manchesteriano».

Esta oleada expansionista fue la continuación de un movimiento anterior, pero considerable por su amplitud, por su carácter sistemático y también por su universalismo, debido a la aparición de nuevos competidores.

1) El Mediterráneo

El primer campo de expansión fue el Mediterráneo. Su papel no cesó de crecer a partir de la primera mitad del siglo. La apertura del canal de Suez le dio nueva importancia; de hecho, quedaban abiertos a las apetencias europeas el camino de Asia (segunda guerra de China y revolución japonesa) y el del África negra, cuyos misterios parecían esconder inmensas riquezas, y que parecía más accesible por el norte que por las costas occidentales.

Desde hacía casi dos siglos. Gran Bretaña llevaba a cabo en esta zona un tenaz proyecto que chocó con la política francesa. Italia y España representaban tan sólo el papel de comparsas. Estas oposiciones favorecieron el deseo de Bismarck de mantener el *statu quo* continental.

La crisis del Imperio otomano, y de sus posesiones más o menos independientes, Tunicia y Egipto, puso en juego numerosos intereses: interés estratégico, por el dominio de la ruta mediterránea; interés financiero, debido a las amplias inversiones de grupos británicos y franceses que provocaron un creciente endeudamiento, la amenaza de bancarrota y la instauración de un control internacional de la deuda; interés económico y comercial también, intrínseco e inmediato, pero sobre todo virtual y más a largo plazo: Egipto y Tunicia podían convertirse en los puntos de partida de dos penetraciones hacia el África negra; una en dirección al gran meandro del Níger y al oeste de África, y el otro por el valle del Nilo hacia el este de África.

42 El tratado de marzo de 1867, firmado en 1871 y ratificado en febrero de 1872, cedía a Gran Bretaña las factorías holandesas situadas en la costa occidental de África.

Todos estos intereses alimentaban dos grandes proyectos geopolíticos. Uno, francés, a partir de Argelia, «clave de nuestra política africana» (Etienne), se basaba en la creación de un conjunto magrebí a base de la extensión del control hacia el oeste y hacia el este y en la puesta en contacto de estas posesiones con el oeste africano, «que necesita unirse al norte y encontrar en él su punto de apoyo». Otro, británico, pretendía el control del Mediterráneo oriental y del mar Rojo, inicio de un dominio El Cairo-El Cabo.

La política francesa se afirmó pronto tras la derrota. Las exploraciones hacia el sur se multiplicaron: Doureaux-Dupré y Joubert (1871-1874), Largeau (1875-1887), Flatters, Soleillet y Choisy (1879-1881). Los proyectos de ferrocarril tomaron cuerpo con la aparición de la Commission supérieure du Transsaharien, el informe favorable de Freycinet y las campañas de las sociedades geográficas y de la prensa.⁴³ Se proyectó la creación del mar interior del sur de Tunicia (proyectos de Lesseps y Roudaire). En efecto, las perspectivas francesas tomaron forma en la regencia, con el activo Roustan. Frente a los desafortunados intentos de modernización, la penetración pacífica de Europa alteraba allí las fuerzas tradicionales, mientras exacerbaban las rivalidades franco-italianas.

Gran Bretaña, que vigilaba de cerca el programa francés, principalmente hacia el Sahara, e intentaba ponerle obstáculos, proseguía su propio objetivo. Reforzó su influencia en el mar Rojo, compró al jedive sus acciones del canal de Suez, consolidó su posición en Egipto e intentó su instalación en una isla del mar Egeo (Creta, Lemnos o Mitilene).

La crisis oriental y el Congreso de Berlín (1878) precipitaron la evolución. Gran Bretaña se hizo ceder Chipre por Turquía, precio de su apoyo contra las ambiciones rusas, y, en compensación, deja Francia en libertad de acción en Tunicia. Las dificultades internas de Italia y la política de «manos limpias» de su representante facilitaron la empresa. Con el pretexto de la incursión de los krumi en la frontera argelina (mayo de 1881), el Gobierno francés decidió su intervención por mediación de Courcel y de Gambetta. El Tratado del Bardo (12 de mayo de 1881), completado por la convención de la Marsa (3 de junio de 1883), estableció el protectorado de Francia sobre la regencia. Acción ésta decisiva que dio un empuje irreversible a la política colonial francesa y provocó la expedición británica de Egipto y, posteriormente, gran parte del «Scramble of Africa».

Sin embargo, no satisfizo una de las ambiciones esenciales del programa francés, la penetración sahariana, que, en 1881, fue brutalmente interrumpida por la matanza de la segunda misión Flatter. El éxito «del golpe de Tunicia», la acción misma del grupo de presión, la decepción egipcia y el auge nacionalista que provocó y el deseo de encontrar una nueva vía de penetración sahariana al oeste hicieron recaer sobre Marruecos los esfuerzos franceses.

A partir de 1882, el Gobierno se esforzó en obtener importantes concesiones del sultán Mulay Hassan. En 1883 y 1884, una serie de intrigas y complots amenazaban al Imperio jerifiano de descomposición y lo preparaban para la intervención. La oposición conjunta de Gran Bretaña, España e Italia, las dificultades de Tonkín, las cuestiones de Madagascar y del África negra, así como las perspectivas políticas y diplomáticas hicieron renunciar a Jules Ferry (junio de 1884).

En el este, Gran Bretaña había tenido que actuar en Egipto impulsada por la opinión pública. La agitación nacionalista y las dudas francesas la condujeron a intervenir en Alejandría en julio de 1882. Aplastadas las tropas egipcias en Tell-el-Kebir (13 de septiembre de 1882), la ocupación británica se extendió a todo el país. El Gobierno británico abolió el condominio y mantuvo su superioridad en el noreste de África, ya fuera directamente o por una potencia intermediaria. Sostuvo la política egipcia en Sudán, favoreció la instalación de Italia en Masaua... Contra la política francesa, utilizó las inquietudes de España y las decepciones de Italia, y esbozó una liga mediterránea para la defensa del *statu quo* que condujo a los acuerdos de 1887. El antagonismo franco-británico y los deseos impotentes de las naciones mediterráneas bloquearon entonces durante unos quince años la política de expansión europea en el Mediterráneo y desplazaron hacia el África negra las rivalidades de las potencias.

43 La obra de Gazeau de Vaudibault, *Le chemin de fer transsaharien*, París, 1879, fue la primera tesis de doctorado dedicada a estudiar un proyecto que iba a suscitar amplias controversias.

2) África negra

Al igual que las políticas francesa y británica se oponían en el Mediterráneo, en el África negra se enfrentaban los proyectos de Leopoldo II y de Savorgnan de Brazza.

Leopoldo II, en busca desde hacía tiempo de una colonia (proyectos de 1865 sobre Formosa, 1868 en Abisinia, 1869 en Mozambique, en 1871 en las Filipinas, etc.), centró su interés, en agosto de 1875, en el África negra: «De momento, ni los españoles, ni los portugueses ni los holandeses están dispuestos a vender; intento informarme discretamente de si en África hay algo que hacer» (carta del 22 de agosto de 1875 a Lambermont).

Pudo utilizar, al servicio de una gran ambición sus relaciones en todos los medios europeos de la economía y de la geografía, sus cualidades de hombre de negocios y de diplomático, y una experiencia de más de diez años. También pensaba sacar partido del movimiento filantrópico en pleno auge, del interés del público por las exploraciones que se multiplicaban, de la curiosidad de una Europa que «descubre África» en «la llegada continua de nuevos viajeros y en el perpetuo retorno de aquellos que ya han experimentado la fascinación de lo desconocido y la voluntad de desvelarlo».

A finales de 1875, el proyecto de Leopoldo ya había tomado cuerpo. La Conferencia Geográfica de Bruselas (septiembre de 1876), cuidadosamente preparada por el rey (campana de prensa, viajes a Alemania e Inglaterra, contactos con las sociedades geográficas, adhesión de personalidades extranjeras) le permitió, a través de la creación de una asociación internacional, vencer las disposiciones antic



IMPERIALISMO Y REPARTO DE AFRICA EN 1870

colonialistas de algunos medios belgas y la desconfianza de las potencias. El argumento filantrópico, «clavar el estandarte de la civilización en el suelo del África central, cruzada digna de este siglo de progreso», fue el arma esgrimida. La exploración de Stanley en el curso superior del Congo (1874-1877) confirmó que el río era la gran vía de penetración hacia el interior de África, y reveló la importancia excepcional de su desembocadura. La entente entre el explorador y el soberano (25 de noviembre de 1878) llevó a la creación del Comité de Estudios del Alto Congo,⁴⁴ transformado secretamente en noviembre de 1879 en Asociación Internacional del Congo. La confusión, frecuente y voluntariamente mantenida entre esta Asociación y la Asociación Internacional Africana, favoreció los proyectos de Leopoldo. En 1879 Stanley salió en misión hacia el Congo medio a fin de realizar el programa de estaciones, embrión de un Estado libre.

Paralelamente se había desarrollado la empresa de Savorgnan de Brazza. Después de su exploración del Ogoué (1875-1878), se «dio cuenta de que había efectivamente encontrado una vía de penetración hacia el África central». En 1880 la competencia entre ambas empresas era abierta.⁴⁵ El Gobierno francés —para hacer olvidar la humillación causada por la ocupación

44 Capital: 1.000.000 de francos, de los cuales 260.000 suscritos por Leopoldo II y 130.000 por un grupo belga

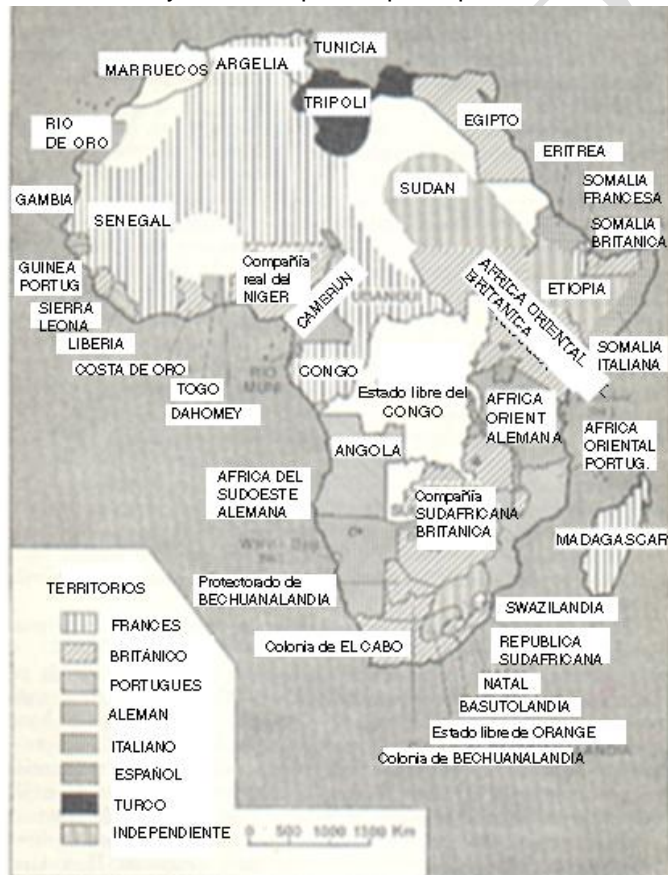
45 Leopoldo II a Stanley, el 30 de diciembre de 1879: «Una serie de competidores a los que no podemos menospreciar amenazan con adelantarnos en el Alto Congo... No tenemos tiempo que perder».

inglesa de Egipto— tomó, a finales de 1883, una importante iniciativa: la ratificación en noviembre del Tratado Brazza-Makoko que declaraba la unión del territorio situado al norte de Stanley Pool. A partir de entonces, «toda la zona situada entre el Stanley Pool y el océano parecía directamente amenazada de ocupación francesa». Leopoldo II y Gran Bretaña —inquieta además por el programa elaborado en enero de 1883 por Jauréguiberry en el oeste de África— reaccionarían. El Gabinete británico en Londres, ocupado en la primacía de sus intereses en el noreste de África, mal sostenido aún por la opinión pública, dirigido por un Gladstone pacífico, apoyó los intereses de Portugal que le estaba estrechamente unido (tratados de 1 de febrero de 1882 y de 2 de febrero de 1884), al igual que apoyaba el el norte los de Italia o España (Río de Oro).

Alemania, afectada a su vez por la «fiebre colonial» que Bismarck utilizaba por razones de política interior y exterior, entró también en juego. Se trata sin duda del inicio de la era de las competencias internacionales en África, el *Scramble*, según el término utilizado por primera vez por el *Times*.⁴⁶

Bismarck consiguió el apoyo de los principales interesados para la reunión de una conferencia internacional con el fin de discutir el problema del Congo y el de la ocupación efectiva de los territorios libres de África. La Conferencia de Berlín (15 de de noviembre de 1884-22 de febrero de 1885) reconoció la Asociación Internacional como listado, afirmó la libertad comercial en la cuenca del Congo excluyendo monopolio y derecho diferencial de aduanas. La navegación por el Congo y el Níger fue declarada libre. La trata de negro quedaba prohibida y las misiones serían protegidas. Se adoptare los principios de validación de las nuevas ocupaciones, con lo que se ponía fin «a los tiempos en que era suficiente una vaga influencia y unos derechos históricos tan venerables como criticables...». La Conferencia de Berlín acabó con las indiferencias e hizo definitivamente resonar por toda Europa «los tambores de la conquista colonial».

El reparto de África se aceleró. El carácter de la expansión colonial se modificó. El imperialismo «militar» venció al imperialismo económico o geográfico. Las adquisiciones se multiplicaron febrilmente y todos los países participaron en la carrera, animado de un nacionalismo nuevo.



LOS TERRITORIOS EUROPEOS EN 1895

El tratado anglo-alemán de 1886 introdujo, a propósito de Zanzíbar, la noción de esferas de influencia. En el transcurso de los años siguientes, una serie de tratados repartieron las zonas entre las potencias y, a medida que se iban ocupando, se fijaban de modo más preciso los límites: tratados anglo-alemán de julio de 189 y de octubre de 1893, convenciones franco-alemanas de diciembre de 1885, de febrero de 1894, de julio de 1897, delimitación belgo-alemana de agosto de 1891, acuerdo franco-británico de agosto de 1890, convención de marzo de 1899, etc.

Alemania adquirió Togo, Camerún, África del Sudoeste y África oriental. Gran Bretaña, primero por la acción de las grandes compañías provistas de carta, y a partir de 1890 por un esfuerzo sostenido del Gobierno, amplió sus dominios: Nigeria, Sudán anglo-egipcio, pero sobre todo Uganda, Rhodesia y

⁴⁶ Office en 1880, nadie pensaba en África. Cuando regresó a él en 1886, las naciones de Europa se querrelaban unas con otras sobre las diferentes porciones que deseaban obtener», en Lady C.Cecil, *Life of Robert, Marquis of Salisbury*, tomo IV, Londres, 1932, pág. 310.

Bechuanalandia.

La dura conquista del Sudán (lucha contra Samory, 1891-1898) permitió a Francia extender su control sobre el conjunto del meandro del Níger; la campaña de Dahomey, en el Bajo Níger, la creación en 1893 de las colonias de Costa de Marfil, Guinea y Dahomey. La primera intervención en Madagascar y el Tratado de Tamatave (17 de diciembre de 1895) garantizaron los proyectos franceses respecto a la isla, conquistada en 1895 y anexionada en junio de 1896.

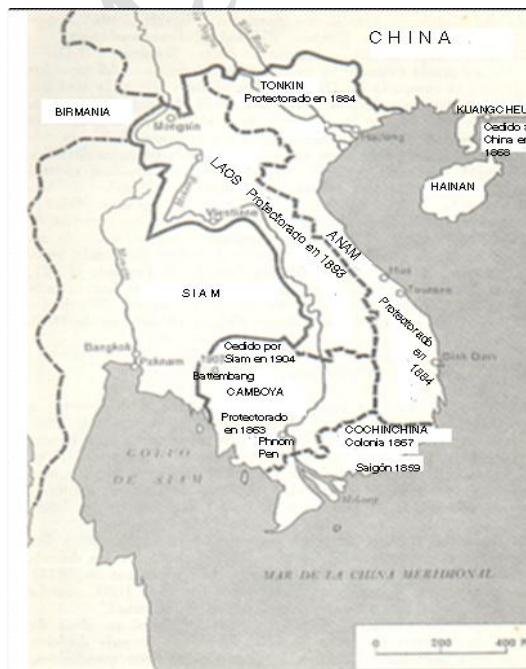
Portugal, tras una serie de expediciones, reafirmó su control sobre Angola. Italia, tras extender su ocupación alrededor de Masaua, crear la colonia de Eritrea (1890) y dar carácter oficial a las empresas de la Sociedad Filonardi en Somalia (convención de julio de 1893), asistió al brusco desmoronamiento de su sueño de imperio en el África oriental con la derrota de Adua. Este hecho coincidía aproximadamente con el fracaso francés en Fachoda (1898), con los desastres españoles en la guerra hispano-nortamericana (Tratado de París de diciembre de 1898) y con las dificultades británicas en la guerra de los bóers, iniciada en octubre de 1898.

3) Extremo Oriente

La expansión europea en Asia se desarrollaba paralelamente a este reparto de África que acabamos de describir. A partir de 1850, las rutas septentrionales del océano Índico adquirieron una importancia decisiva. La apertura del canal de Suez, el *break up of China* y el interés que proporcionaba a las rutas de acceso al país, sus mercados y sus recursos naturales, y el deseo de proteger los territorios ya adquiridos (fronteras de la India) estimularon las intervenciones.

El Gobierno francés, tras las empresas de Jean Dupuis y las primeras intervenciones de F. Garnier (1873), chocó con las dificultades de aplicación del Tratado Philastre (25 de marzo de 1874) con Anam, pero se pudo mantener hasta los años 1880, cuando vuelve a iniciarse la gran expansión francesa de ultramar.

La expedición de Henri Rivière (toma de Hanoi en abril de 1882) y su matanza en mayo de 1883 dieron un empuje decisivo a la política indochina. Razones de prestigio, motivos económicos, temores a la iniciativa de otras potencias impulsaron a Jules Ferry a actuar. El Tratado de Hue Iroslo de 1883) organizó el protectorado francés sobre Anam y Tonkín



INDOCHINA FRANCESA (1859-1907)

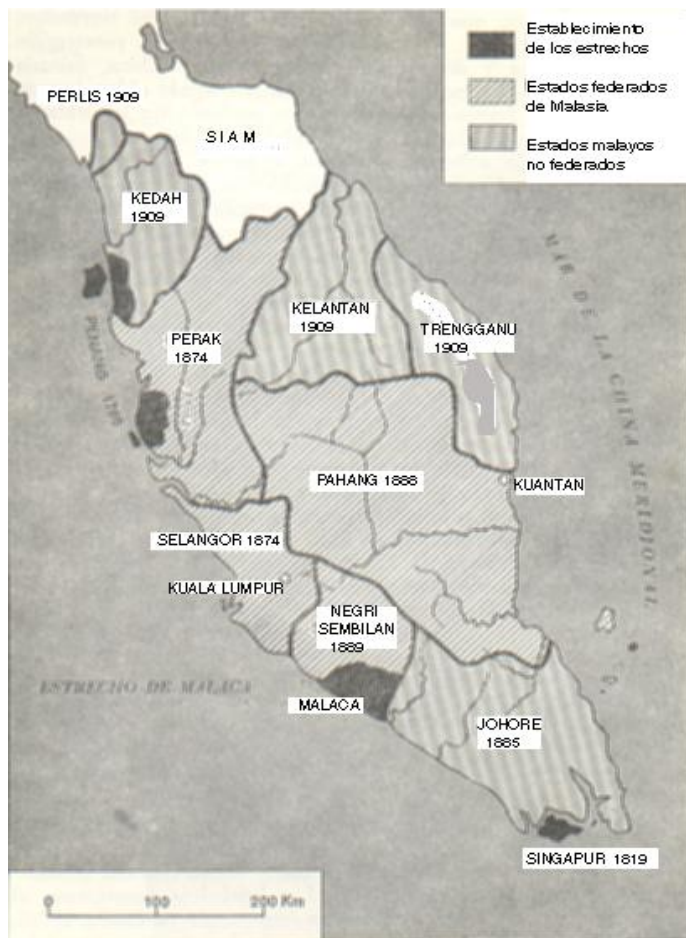


LA EXPANSION OCCIDENTAL EN EL SUDESTE ASIATICO EN 1914

levantó el control de las aduanas de Annam, que había sido, como tantos otros territorios, víctima de su arcaísmo, de los primeros efectos de la penetración económica europea y de sus dificultades internas. China, minada por los mismos males, no pudo proporcionarle ayuda eficaz durante los dos conflictos franco-chinos, a los que pusieron fin los tratados de Tien-tsin de mayo de 1884 y de junio de 1885.

Indochina, bajo soberanía francesa a partir de entonces, vio cómo se le planteaba una serie de problemas de orden interno y externo. Problemas internos por la prolongación de las resistencias locales a la implantación de instituciones nuevas

—abolición de las estructuras antiguas y tendencia a la administración directa (federación indo-china de 1887)—, por el desarrollo económico y por los grandes trabajos de explotación. Pero también problema internacional de fronteras coloniales y de rivalidades que la influencia francesa, a partir de su nueva colonia, suscitaba con Gran Bretaña.



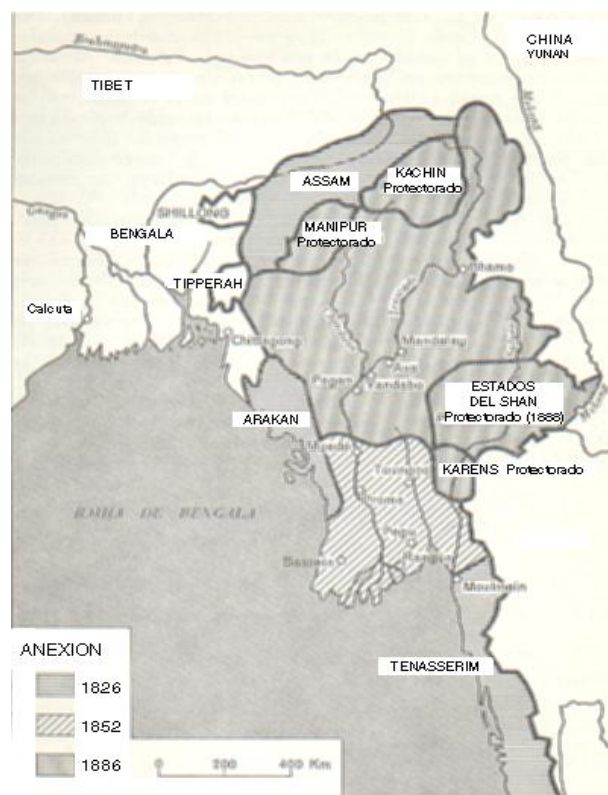
PENETRACIÓN BRITÁNICA EN MALASIA (1874-1900)

En el cambio de actitud de Londres respecto a Francia en los años 1883-1885, la cuestión del Extremo Oriente desempeñó un importante papel. Deseo de preservar las Indias, temor económico perder mercados por la extensión del proteccionismo, rivalidades políticas: en todas partes la influencia británica se oponía a los avances franceses, principalmente en la región laosiana. Siam se convirtió en la clave esencial entre ambas naciones. La ocupación de Birmania por los británicos en 1885 condujo a la instauración de un viceconsulado francés en Luang Prabang (1887), mientras que los continuos conflictos conducían a una serie de tratados y convenciones para fijar las fronteras: reconocimiento por parte de Siam de la soberanía francesa en la orilla izquierda del Mekong (1893), fijación de la frontera birmana, etc.

El Reino Unido, atento por el este a las empresas francesas, permanecía también vigilante, por el noroeste, a los avances de los rusos. Tanto si fue debido a los intereses locales como a los deseos de ejercer una presión sobre Londres respecto a la política balcánica, el

avance ruso incitó a Gran Bretaña a la acción. Estableció un semi-protectorado sobre Afganistán y obtuvo de Rusia el compromiso de septiembre de 1885 que le aseguraba el control del paso de Zulficar. En la misma China, todas las potencias se esforzaban en aumentar sus ventajas y en hacer avanzar más hacia el interior del inmenso territorio sus cuñas de penetración. Los británicos aumentaron el número de puertos abiertos al comercio (convención de Chefu, 1876), se anexionaron Sikkim, obtuvieron una serie de ventajas comerciales en el Tíbet y desarrollaron su política ferroviaria. En cuanto al Gobierno francés, aumentó sus intereses en las provincias meridionales a partir de las vías tonquinesas (ferrocarril de Yunnan). Por su parte, la Bélgica de Leopoldo II se esforzaba en colocar capitales y mercancías, y se instaló en la concesión de Tien-tsin. Alemania impulsó bruscamente sus empresas comerciales y sus inversiones, inauguró una nueva política asiática y entró en el conflicto con los intereses británicos en el valle del Yang-tse (acuer-

Estableció un semi-protectorado sobre Afga-



GRAN BRETAÑA Y BIRMANIA (1826-1886)

do anglo alemán de 1900). Estas intervenciones y la amplitud potencial del mercado chino permitieron la aparición de una serie de nuevos imperialismos. La guerra chino-japonesa (1894-1895) constituye una muestra de la llegada a escena del joven imperialismo nipón. Al mismo tiempo, se desarrollaba en los Estados Unidos un importante movimiento en favor de la penetración económica en el país: se constituyó un poderoso «*lobby chino*» y las inversiones estadounidenses en China se triplicaron en una decena de años.⁴⁷ La aparición de estos nuevos competidores desencadenó una nueva fase en las rivalidades europeas. Búsqueda de territorios en arriendo y de concesiones, penetración financiera y ferroviaria parecen preludear el reparto del imperio en zonas de influencia y la verdadera instauración de un estado de hipocolonia, según la palabra de Sun Yat-sen.

Aunque después de la insurrección de los bóxers y del protocolo de 1901, el movimiento de penetración económica continuó y se amplió, la penetración territorial parecía abandonada. El centro de interés de Europa se fijó nuevamente en el Mediterráneo y en África.

<i>Las potencias en China a principios del siglo XX</i>				
	<i>Territorios en arriendo</i>		<i>Inversiones en 1902 En millones de dólares</i>	
Gran Bretaña	Hong Kong y dependencias (1840/1860/9-6-1898)	1015 km ²	260.3	33
Francia	Kuangcheu (10-4-1898)	845 km ²	91.1	11.6
Alemania	Kiaocheu		0	--
Italia	Tien-tsin (concesión) 7 (6-1902)			
Bélgica	Tien-tsin (concesión) 6-1902			
Portugal	Macao (1556-1887)			
Japón	Kwontung	3750 km ²	1	0.1
Estados Unidos			19.7	2.5
Rusia			246,5	31.3

4) África de 1900 a 1914

Los acuerdos mediterráneos de 1887 habían «congelado» la cuestión mediterránea durante más de diez años. Volvió a adquirir importancia en la política de expansión europea de los años 1900. La iniciativa de Alemania tuvo aquí gran importancia. Sus ambiciones en el Oriente Medio (viaje de Guillermo II en 1898), los proyectos de ferrocarril Berlín-Bagdad (1899-1903) provocaron inquietud en Gran Bretaña y la revisión de su política secular. Al mismo tiempo, las potencias mediterráneas, Italia, España y Francia, decepcionadas por los resultados de su política colonial lejana (desastre de Adua, marzo de 1896; de Cuba, 1898; retirada de Fachoda de 1898), dirigieron sus ambiciones hacia los objetivos mediterráneos próximos. Para Londres, el Mediterráneo oriental era estratégica y geográficamente más importante que el occidental, ya en parte sacrificado por la ocupación francesa de Argelia y de Tunicia. Para hacer frente en el este a la amenaza alemana, Gran Bretaña aceptó que se replanteara el *statu quo* en el oeste con una doble condición: que el estrecho de Gibraltar permaneciera bajo su vigilancia y que el régimen aduanero de Marruecos no fuera medicado. Los acuerdos franco-británicos de abril de 1904. anunciaban el protectorado francés sobre el Imperio jerifiano (1912). A partir de entonces, y durante quince años, el poder británico se apoyó en Francia, a la que sostuvo durante las crisis de Algeciras y de Agadir, y que, tras el acuerdo naval de 1912, debía asegurar la defensa del Mediterráneo. Los acuerdos franco-italianos (1901-1902) preludeaban la ocupación italiana de Libia (1911-1912). El retorno a la política de penetración en el norte de África volvió a plantear la cuestión del Sahara y del transahariano. A partir de Argelia fueron ocupados In Salah en 1901 y Tamanrasset en 1912; a partir de Sudán y de Timbuctú, Taudeni en 1906.

En el África negra, el acuerdo del 4 de noviembre de 1911 redistribuyó entre Alemania y Francia la soberanía de las tierras situadas entre el Congo y el Camerún.

En 1914 el reparto de África, empezado treinta años antes, había concluido. A excepción de Etiopía y de Liberta, el conjunto del continente africano se hallaba bajo la dominación de Euro-

47 C. Remer, *Foreign Investments in China*, Nueva York, 1938, 708

pa (cf. mapa).

SEGUNDA PARTE

DEBATES ENTRE HISTORIADORES Y DIRECTICES PARA LA INVESTIGACION

3) Las teorías sobre el imperialismo

Otro volumen de la colección Nueva Clío (núm. 38, J.-B. Duroselle, *Europa de 1815 a nuestros días*) ha planteado el problema de la naturaleza del imperialismo. Recordemos los datos del debate y su relación con la cuestión colonial.

1. El término *imperialismo*, nacido en los años 1840, se ha convertido en uno de los más oscuros y de los más difíciles de discernir del lenguaje de la ciencia política.¹⁹ El estudio semántico de Koebner demuestra cómo, desde principios del siglo XIX, este término se cargó de afectividad y de sentidos distintos. Las numerosas definiciones que de él se han dado ponen de manifiesto que la palabra acabó por definir realidades muy diversas. Puede hallarse una lista de estas definiciones y de las discusiones sobre las dificultades de uso del término en C. Giglio, en Snyder, en Winslow.

Ante todo, hay que hacer una distinción entre el sentido político, que designa cualquier extensión de influencia política, económica o cultural fuera de las fronteras nacionales, y el sentido polémico, de sujeción y de explotación, desarrollado a partir de la terminología marxista y que, sobre todo desde el año 1955, se confunde frecuentemente con el de colonialismo.

Incluso si lo limitamos al primer sentido de la palabra, no deja de ser ambiguo. En efecto, se aplica al intento de una realización material de conjuntos políticos (imperios), caracterizados por su amplitud territorial y que incluyen varios grupos humanos (naciones, pueblos o Estados) de raza o de cultura distintas; por sus estructuras administrativas, que hacen depender estos elementos de un mismo poder central; por su ideología, real u oficialmente declarada, de universalidad potencial. A lo largo de la historia, sus formas pueden ser de naturaleza muy diversa. A partir del siglo XIX, y con la difusión del término mismo, se impuso el carácter de expansión ultramarina: el vocablo, a partir de entonces, sobreentiende a menudo el imperialismo colonial. Hay que distinguir, entre las teorías del imperialismo, las justificaciones ideológicas de la acción colonial y los intentos de interpretación teóricos y de explicación del fenómeno.

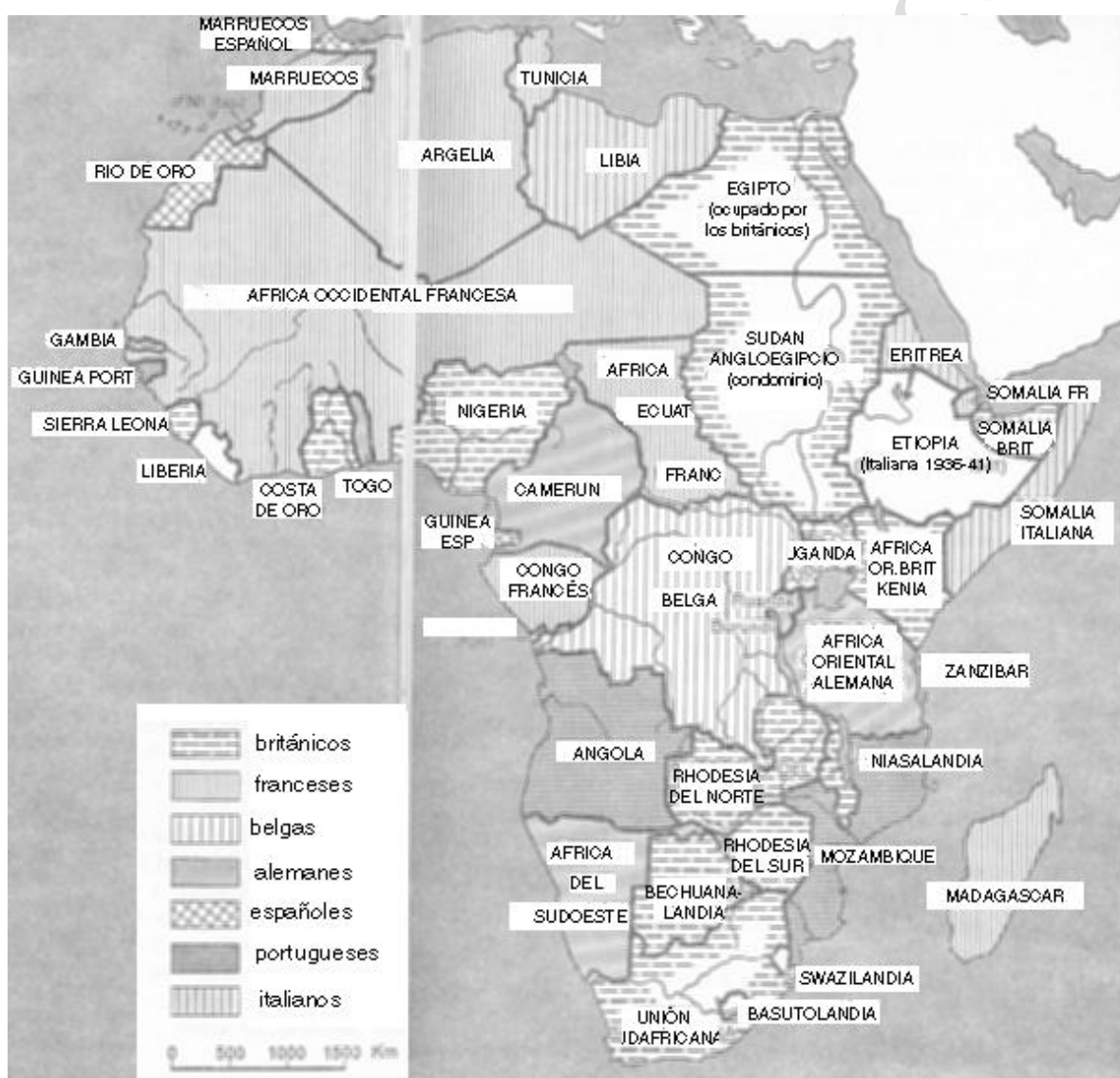
2. El imperialismo colonial ha recurrido siempre a justificaciones; a veces antes de la acción, a veces *a posteriori*. Así se constituyó en la conciencia europea un cuerpo de teorías del imperialismo utilizadas de manera distinta según los países y las épocas, y que, durante un corto período, en los años 1890-1900, encontró el apoyo casi unánime de la opinión pública.

Al imperialismo se adhirieron entonces no sólo los liberales, antaño hostiles o que mostraban reservas, la derecha nacionalista, hasta entonces particularmente reticente en Francia, sino también los socialistas, sobre todo en Alemania donde se consolidó vigorosamente un socialismo imperialista.⁴⁸ Los argumentos esgrimidos en su favor fueron distintos según los grupos políticos y culturales.

El más frecuente, el que popularizó Kipling con la imagen del «peso del hombre blanco», justifica el imperialismo por la supremacía de la civilización occidental y los derechos y deberes que implica de civilizar a los pueblos atrasados. Esta «misión para con las razas inferiores» (J. Ferry) se combina, en la tradición francesa aparecida con la filosofía de las luces, con la noción de derecho natural y de solidaridad de la especie humana. El argumento fue particularmente empleado por los radicales y los francmasones. «Ninguna apropiación, por milenaria que sea, puede provocar la prescripción contra el derecho del universo de utilizar los recursos que nos ofrece en todas partes la naturaleza para satisfacer legítimamente las necesidades humanas» (A. Sarraut).

⁴⁸ Kautsky. Cf en especial sus artículos en Vorwärts y su obra Sozialdemokratie und Kolonialpolitik. Berlín 1907

La teoría se desliza fácilmente hacia dos formas extremas: la del imperialismo humanitario y la del imperialismo racial. La primera ideología, que marcó sobre todo el pensamiento británico, afirma el derecho de conquista como medio último de lucha contra la esclavitud, contra los abusos y para establecer el «buen gobierno». Este imperialismo filantrópico ha sido defendido por hombres tan diferentes como Rhodes y Cromer, Livingstone y Milner, Curzon y Salisbury, Chamberlain, etc. La segunda se inspira en un darwinismo extendido a las relaciones entre grupos humanos. El imperialismo, fuerza de la naturaleza, manifestación esencial de la vida es el triunfo benéfico del más fuerte y del mejor. Este etnocentrismo conduce a despreciar sistemáticamente no sólo a las demás razas, sino también a las otras civilizaciones. Es frecuente también la justificación del imperialismo por «el egoísmo sagrado» de la nación, la defensa de sus intereses económicos, estratégicos o políticos. Los lazos entre las ideologías nacionalista e imperialista son muy estrechos. La proclamada superioridad de las virtudes nacionales conduce a los mitos de «la nación imperial», de «la grandeza romana», de «la misión sagrada» tan frecuentes en las novelas imperialistas británicas que esgrimen, con las cualidades propias del anglosajón, el ideal de la *pax británica*.



ÁFRICA EN LA FASE FINAL DEL REPARTO 1914

El imperialismo ha sido también defendido no sólo a causa de los beneficios que aporta a los pueblos de ultramar, sino también por sus virtudes regeneradoras en los mismos países colonizadores. Ésta es la tesis que en Gran Bretaña representan Carlyle y Froude, en Francia Lyautey u Onésime Reclus: «Sólo él puede apartarnos de la esterilidad, de la frivolidad, de la

estupidez, vencer la inercia, la fuerza de utopía, la burocracia, la rutina». El imperialismo socialista insiste sobre el doble beneficio de la expansión para los países colonizados y para las clases obreras europeas. Este imperialismo ha encontrado defensores tanto en Gran Bretaña (Manifiesto Fabiano de 1900), como en Francia y sobre todo en Alemania con Renner, que defendía la idea de que «la expansión del sistema económico europeo a través del mundo es históricamente necesaria, inevitable y culturalmente prometedor».

Durante el período de entreguerras, las ideologías italiana, alemana y japonesa afirmaron la necesidad de un imperialismo demográfico y la constitución de un espacio vital para los pueblos jóvenes.

3. Por encima de las justificaciones ideológicas, ha aparecido un esfuerzo de reflexión teórica y de investigación científica que ha intentado explicar el fenómeno del imperialismo y referir sus diferentes formas a un número limitado de causas. Este estudio, fuertemente marcado en sus comienzos por el clima de oposición a la colonización, continuó, después de la descolonización y con la ampliación de las interpretaciones históricas, dentro de una atmósfera científica más serena.

La interpretación económica del imperialismo, iniciada por Conant⁴⁹ y popularizada por Hobson, fue completada por Hilferding y sistematizada por Lenin, que ve en el imperialismo la etapa superior del capitalismo en su necesidad de mercados nuevos. La teoría marxista-leninista, completada por Bujarin⁵⁰ y por numerosos trabajos posteriores, está marcada por esta transposición de la lucha de clases al terreno de las relaciones entre naciones capitalistas y naciones pobres.

La interpretación económica ha sido frecuentemente defendida y con argumentos serios. La supervivencia del sistema industrial del imperialismo aparece condicionada «por el mantenimiento y casi siempre por la extensión del suministro de materias primas por el Tercer Mundo». Sin embargo, las rivalidades entre imperialismos, uno de los elementos esenciales de la teoría de Lenin en 1917, se vieron en parte atenuadas por la integración económica mundial.

La explicación económica ha sido criticada en el período de entreguerras y de manera cada vez más dura después de la segunda guerra mundial en función del relativo estancamiento de las potencias imperialistas entre 1919 y 1939 —y de la correspondiente estabilización del sistema de reparto del mundo— y sobre todo a raíz de las observaciones que se han hecho después de la retirada territorial de las potencias coloniales.

La interpretación política del imperialismo⁵¹ afirma la primacía de las consideraciones políticas en la expansión de ultramar al definirla como «la autoridad o control, político o económico, directo o indirecto de un Estado, de una nación o de un pueblo sobre grupos similares; o, mejor dicho, la necesidad o la tendencia a establecer tal autoridad o tal control». Esta tendencia a la dominación, unida a la «disposición natural hacia la agresión por sí misma» (Schumpeter), puede ser reforzada por las consideraciones surgidas de la política interior o por las vicisitudes de las relaciones internacionales. El poder, más que el beneficio, sería así el factor esencial, o sea el fundamento mismo del imperialismo. Para algunos, que se niegan a conceder importancia a las causas económicas, los argumentos de interés material utilizados por los defensores de la ideología imperialista sólo serían producto de la habilidad de la propaganda para hacer aceptar los sacrificios de la colonización.⁵²

Raymond Aron ha destacado —en una interpretación parecida— que la motivación de las potencias era irreductible al incentivo de las riquezas y ha creado una teoría de las relaciones internacionales y del imperialismo basada en la heterogeneidad de los objetivos, que pueden ser alternativa o correlativamente la gloria, el poder, la expansión ideológica, el interés. Llega a la conclusión de que en el origen de la diplomacia del imperialismo el impulso propiamente político parece más fuerte que las motivaciones de origen económico. La ambición de grandeza y de gloria que animaba a los Gobiernos pesó bastante más en el curso de los acontecimientos que la influencia, más o menos camuflada, de las sociedades anónimas.⁵³

Recientemente se ha vuelto a dar valor a los datos psicológicos y afectivos del imperialismo:

49 Connant, (C.A.), The economic basis of imperialism, en North atlantic review, set 1898

50 Bujarin, N., Imperialism and world economy, N.Y. 1929

51 Langer (W.), The diplomacy of imperialism. A study in the theory power. N.Y. 1948

52 Hammond, (R.J.), Economic imperialism: sidelight of a steriotype, en Jour. Of econ. Hist, XXI, 1961

53 Aron, (R), Pax et guerre entre les nations, Paris, 1962

«Pride, Pugnacity, Prestige» fueron los resortes esenciales. La fiebre nacionalista, la búsqueda en ultramar de los paraísos perdidos y de la edad de oro, el renacimiento de ideologías antiguas, todos estos elementos, más que la conquista de mercados, influirían en la conversión al imperialismo de opiniones públicas reticentes o indiferentes. Éstas son las tesis sostenidas por Brunshwig en cuanto a Francia, y Robinson y Gallagher por lo que respeta a Gran Bretaña, si bien con importantes matices. Han sido vivamente criticadas, especialmente por Lucien Genet y por Marcel Emerit,⁵⁴ quienes señalan de qué modo los intereses económicos enmascaran sus intenciones, y el papel desempeñado por las necesidades de la economía. En el terreno de la interpretación psicológica, a veces ha sido considerado como el elemento más activo el papel de los individuos: el imperialismo naciente sería producto menos de una voluntad colectiva que de la influencia de algunas personalidades fuertes.⁵⁵ Las actuales tendencias de la investigación intentan, por una parte, profundizar sobre la interpretación económica en función de los recientes acontecimientos y del neocolonialismo, y, por otra, diversificar las formas del imperialismo y elaborar, con una tipología de sus modelos, doctrinas de aplicación distintas.

La primera tendencia aparece especialmente en los debates organizados por el CERM (Centre d'Études et de Recherches marxistes) en 1967-1968,⁵⁶ y los coloquios de París y de Argel (1968-1969); la segunda se puso de manifiesto en el transcurso del seminario del Centro de Estudios Africanos de la Universidad de Edimburgo (noviembre de 1967).

Las discusiones de los historiadores marxistas han abierto varios caminos a las explicaciones. Los trabajos de Bouvier, en su interpretación leninista, tienden a demostrar de qué manera, en el momento en que aumentaba el volumen de ahorro controlado por los grandes bancos, el mercado interior se cerraba dejando como única posible salida la exportación de capitales. Las investigaciones de G. Dhoquis establecen la diferencia existente entre arqueoimperialismo y neoimperialismo: el primero, que fue dominante durante el siglo XIX, se caracteriza por las inversiones mínimas dirigidas hacia el sector primario, una infraestructura rudimentaria y una estrecha dependencia; el segundo, actualmente el más importante, provoca un crecimiento por el relevo de la burguesía nacional y la industrialización, y multiplica las dependencias más complejas.⁵⁷ Esta interpretación económica ha sido también matizada por la distinción entre la explotación del Estado colonizador (por las subvenciones y mercados aprovechables), cuyo imperialismo sólo ha sido a menudo el pretexto o el epifenómeno, y la explotación de las riquezas coloniales en sí.

Los historiadores que acudieron a Edimburgo mostraron, a propósito de África, la complejidad de las motivaciones del imperialismo y recordaron la existencia, en el siglo XIX, junto al imperialismo capitalista europeo, de otras formas de dominación, especialmente la del imperialismo árabe.⁵⁸

Más allá de ciertas fuerzas comunes de expansión, hay que destacar la distinción entre el imperialismo y la colonización —que es uno de sus aspectos—, así como el carácter específico de cada colonización europea, especialmente, en el caso de Francia, la importancia del hecho político. También hay que tener en cuenta la evolución en el tiempo del fenómeno. La dialéctica entre colonizadores y colonizados modifica constantemente, según los momentos y lugares, las relaciones entre dominantes y dominados.

.....

54 Revue Historique, 3-1962, pags 219-220, y Annales, 5-1962.

55 Hargreaves (J.D.) Biography and the debate about imperialism, en The Journ. Modern African studies., vol 1, 2, 1964

56 CERM, Contribution à l'étude des formes contemporaines de l'impérialisme, Paris 1969; Cf. También Dhoquis (G), Le débat sur l'impérialisme, en: L'homme et la société, nº 11

57 Sobre las formas de este nuevo imperialismo véase Jalée, (P.), L'imperialisme en 1970, Paris, 1969

58 Fyfe, (C.), ed., The theory of imperialism and the European position of Africa, Edimburgo, 1968